

REVISTA

S · P · Q · R

02
Edición

SENĀTUS POPULUSQUE RŌMĀNUS

Revista iberoamericana de ideas, política y cultura

“PUEBLOS ORIGINARIOS” CON LA HOZ Y EL MARTILLO



 /elmontonero.pe
 @elmontonero.pe
 /elmontonero.pe

Director: Víctor Andrés Ponce
Director de arte: Luis Tito Piqué Romero
Corrector: Javier Ágreda
Soporte técnico informático:
Alexander Uchasara,
Guillermo Martínez

Contacto:
contacto@elmontonero.pe

Soporte:
soporte@elmontonero.pe

04

El mestizaje: alma y corazón de Hispanoamérica

Presentación. Es incuestionable que Hispanoamérica no puede entenderse sin la hispanidad. De allí que la resurrección de la Leyenda Negra contra España representa un claro intento de enfrentar a la América española con Occidente, con los valores de las libertades.

26

La Hispanidad como muro de contención

Desde España, Jorge Martín Frías explica cómo las narrativas en contra de la hispanidad forman parte de las estrategias culturales desarrolladas en Occidente para erosionar los pilares que nos han permitido construir los valores de la libertad y la tolerancia.

30

Los Incas hispanos

Desde Perú, Rafael Martí Aita recalca que durante el periodo virreinal, los nobles incas mantuvieron su posición de poder y cooperaron con la administración española ocupando puestos políticos de relevancia, como alcaldías y alferazgos.

36

El indigenismo: herramienta para destruir naciones

Desde Bolivia, Carlos Sánchez Berzain analiza el "neoindigenismo" que desarrollan las corrientes comunistas agrupadas en el Foro de Sao Paulo, y que es empleado para enfrentar a Hispanoamérica con el mundo occidental.

39

Fidel Castro y la manipulación de la historia

Desde Cuba, Pedro Corzo afirma que Fidel Castro fue uno de los mayores difusores de la Leyenda Negra de la conquista española. Sus propuestas refundacionales estaban encubiertas con críticas severas a la conquista y sus gestores.

43

¿Celebrar el 12 de octubre?

Desde Chile, Raúl Madrid sostiene que durante la colonización española de América los indígenas se mezclaron con los europeos, desde el Río Grande hasta la Patagonia. Esta mixtura tuvo un contenido biológico y fundamentalmente cultural.

El mestizaje: alma y corazón de Hispanoamérica

Presentación

La única forma que tiene Hispanoamérica de encontrar su lugar en el planeta, de entender su ubicación cultural en el mundo, es identificar las sustancias que componen su ser. De lo contrario, la región siempre será el área de las promesas incumplidas o, para hablar en términos políticos, de los perpetuos péndulos entre la libertad y el autoritarismo.

Ahora que en Bolivia existe una constitución que proclama “un estado plurinacional”, que una convención constituyente en Chile pretende redactar una carta política para establecer “una república plurinacional” e, igualmente, que el nuevo gobierno peruano propone una constituyente para instaurar otra “república plurinacional”, es incuestionable que uno de los dilemas principales de Hispanoamérica tiene que ver con la hispanidad y su relación con Occidente.

Un dilema que se vuelve agónico cuando se comprueba que detrás de la resurrección del indigenismo y las entelequias de los llamados “pueblos originarios”, en realidad, están las tradicionales estrategias de las corrientes comunistas y neomarxistas que organizan relatos, narrativas, para instaurar sistemas autoritarios o totalitarios.

Planteada las cosas así es incuestionable que Hispanoamérica, la región, no puede entenderse sin la hispanidad. No solo por cerca de 500 millones de almas que hablan el español, y las fuertes e intensas tradiciones cristianas y católicas, sino también porque en la región todo es mestizaje, de principio a fin.



El mestizaje en la América española ha sido el motor y el combustible de la identidad regional. Los mundos indígenas del Virreinato de Nueva España y del de Perú siempre fueron los testimonios históricos –verdaderos monumentos sociales– de uno de los procesos de mestizaje más sorprendentes de la historia. Únicamente comparables con los legados integradores del imperio helénico de Alejandro Magno y la fabulosa herencia latina del Imperio romano.

Basta señalar que luego de la Conquista, del encuentro entre los castellanos y los pueblos prehispánicos, por decretos reales se estableció cuáles iban a ser las lenguas autóctonas con que se iba a evangelizar en los virreinos de la monarquía española. La voluntad integradora y la filosofía de los derechos humanos –heredera de la Escuela de Salamanca– que atravesaban las decisiones de la monarquía eran tales que se estableció que el quechua sería el idioma oficial de la evangelización de los Andes peruanos, el Náhuatl lo sería para los diversos pueblos mexicanos y el Guaraní para las poblaciones del Amazonas.

Pero eso no fue todo. De ninguna manera. La primera gramática del Quechua vio la luz en 1560 y la del Náhuatl en 1571. Para entender la voluntad civilizadora de la corona española: la primera gramática del Castellano se redactó en 1492, la Gramática castellana de Nebrija.

Las gramáticas Quechua y Náhuatl, entonces, están entre las primeras del mundo occidental y casi se redactaron al lado de la del castellano. Pocos saben que las gramáticas

de ambas lenguas de Hispanoamérica se escribieron varios años y décadas antes que las gramáticas de los idiomas inglés y alemán.

Las grandes lenguas de los pueblos prehispánicos, entonces, sobrevivieron por decisión de la monarquía española. Sin embargo, en la medida que sus gramáticas fueron redactadas por sacerdotes de alma y corazón hispanos, son absolutamente mestizas. Si algunas lenguas prehispánicas sobrevivieron y se siguen hablando hasta hoy es gracias a la tolerancia hispana, sobre todo considerando que en las sociedades prehispánicas se hablaban centenares de dialectos.

A pesar de todas estas verdades, que se levantan macizas como las cordilleras de los Andes, ¿quién se atreve a seguir invocando a las bestias negras de la Leyenda Negra contra España, contra la hispanidad en general?

Los huracanes de desinformación ya no provienen de las narrativas imperiales de los países protestantes ni de las construcciones teóricas del racionalismo metafísico de la Ilustración francesa, de raíz jacobina. Ahora todas las corrientes comunistas ortodoxas, todas las versiones neomarxistas e innumerables relatos progresistas, pretenden reescribir estas narrativas con un solo objetivo: distanciar a Hispanoamérica de su historia, de la identidad de su ser, con el objeto de enfrentarla a Occidente, a las mejores tradiciones occidentales que –diferencias más o menos– han llegado a consagrar el respeto a la vida, la libertad y la propiedad.

“

El mestizaje en la América española ha sido el motor y el combustible de la identidad regional. Únicamente comparable con los legados integradores del imperio helénico de Alejandro Magno y la fabulosa herencia latina del Imperio romano.

Las tradiciones marxistas entonces sueñan con una Hispanoamérica enfrentada y distante de Occidente como la única manera de resucitar los proyectos totalitarios y bolcheviques. El neoindigenismo que nos habla de unos supuestos “pueblos originarios” que habrían sobrevivido a siglos de mestizaje –cultural, racial y económico y social– durante los virreinos y las experiencias republicanas es una narrativa más, un acto de fe en la religión laica colectivista.

¿Cómo se puede hablar de pueblos originarios si la gramática de las lenguas que sobrevivieron fueron redactadas por sacerdotes españoles con una enorme fe trascendental y una grandiosa voluntad civilizadora? En años y décadas construyeron una gramática que al inglés le costó siglos.

¿Cómo se puede hablar de esas entelequias originarias si los ejércitos españoles, derrotados en las batallas de Ayacucho y Junín, estaban compuestos en más de un 80% por milicianos indígenas?

Si las comunidades campesinas de Perú y de México son réplicas y copias de las comunidades campesinas de Castilla, ¿a quién se le ocurre seguir hablando de “pueblos originarios”? Y si nos fijamos en los atuendos de las sociedades indígenas, en las polleras de las festivas mujeres, en los pantalones, camisas y chalecos de los indígenas de nuestra América, ¿acaso no estamos contemplando las mismas formas y colores de los hombres rurales de Castilla?

Todo es mestizaje de principio a fin. Los colores y los olores de la América española tienen esa impronta que nos han dejado nuestros dos padres: los pueblos prehispánicos y la vieja España.

El hijo que suele negar a uno de sus padres, al margen de cualquier yerro del pasado, generalmente es un hombre desubicado en el presente, absolutamente confundido sobre el futuro. O para decirlo con palabras más simples, es un hombre enfermo, necesitado de terapia psicológica. Algo parecido sucede con los pueblos.

Hispanoamérica para encontrar su lugar en el mundo no puede negar a ninguno de sus progenitores. La América española es un ciudadano mestizo desde la punta de los pies hasta el extremo de los cabellos. Ese mestizaje, en el que la hispanidad cumple un papel fundamental, es el puente que conecta a nuestra región con Occidente.

Y de esta manera descubrimos que somos un Occidente de rostro moreno, y que las guerras culturales contra la monarquía española han terminado desorientándonos. Una desorientación que ahora pretende ser dirigida por la nueva internacional comunista que se aglutina en el Foro de Sao Paulo, con el viejo recurso de un indigenismo trasnochado.

Sin embargo, la guerra cultural de Hispanoamérica ha comenzado para desvelar la realidad. Y tremenda sorpresa: luego de varios siglos de virreinato y sistemas republicanos los hispanos de América y Europa comienzan a entender que se necesita de las mismas convergencias, de las mismas tolerancias y de los mismos diálogos con que se construyó la gran obra civilizadora de la monarquía española. Un encuentro y conversación que nos debe llevar a vencer a los enemigos de Occidente, a los enemigos de la libertad.



Hispanidad, de la mentira a la esperanza

ESPAÑA NO "COLONIZA" NADA, SE EXPANDE EN UNA NUEVA ESPAÑA Y CON UNOS CRITERIOS QUE JAMÁS HABÍA TENIDO NI TENDRÍA DESPUÉS NINGÚN IMPERIO. CONSTRUYE CIUDADES, UNIVERSIDADES, HOSPITALES, SISTEMAS DE ALCANTARILLADO, Y DESECA PANTANOS. ASÍ CREA EN AMÉRICA CIUDADES QUE LLEGAN A SER LA ENVIDIA DE LAS CIUDADES EUROPEAS.

Por: Hermann Tertsch. España.
Periodista y escritor. Diputado en el Parlamento Europeo.

Se celebra una vez más el Día de la Hispanidad, que conmemora aquel 12 de octubre de 1492 en que comenzaba una colosal aventura para la humanidad. Fue el acontecimiento puntual que de golpe completó los puentes entre los grupos diseminados que componían la humanidad y "globalizó" el mundo. Con razón han dado en llamarla la primera globalización, porque nos otorgó a los humanos la percepción de ser todos parte y miembros de un mismo mundo, de un globo terráqueo que, eso estaba claro, era el hogar común a todos los seres vivos conocidos. Ya solo ese hecho merecería ser recordado y celebrado todos los años con honores.

Llega el 12 de octubre, Día de la Hispanidad, y otra vez perderemos el tiempo en ridículas controversias con quienes

mantienen y promueven las mentiras de la Leyenda Negra, esa gran operación de propaganda de los enemigos de España en el siglo XVI. Y que también se ha convertido en un instrumento más de la agitación ideológica contra la civilización occidental y contra sus valores: el carácter único y sagrado de la persona, la familia, el respeto a la vida, la libertad de expresión, de pensamiento y de cátedra y todas las demás, incluida la democracia.

En las ciudades occidentales –en Europa, en América entera de norte a sur– ruedan las cabezas de los monumentos a los grandes conquistadores, descubridores, estadistas y hasta de religiosos que hicieron de su vida un único acto de amor y entrega a los nuevos españoles que eran los in-



Desde aquel 12 de octubre, y a lo largo de 200 años, España se lanza a una empresa jamás vista que la lleva a extender sus posesiones por 20 millones de kilómetros cuadrados, desde Tierra de Fuego a Alaska.

dígenas incorporados a la corona. Unos indios que bajo la Corona española no fueron exterminados, como en los territorios británicos o franceses, o después en EE.UU. Tampoco fueron esclavizados como súbditos de otros imperios, sino que recibieron derechos hasta entonces allí desconocidos. Y muchos fueron liberados de la esclavitud bajo tribus más crueles y poderosas.

Esta fecha supone además el principio de una casi inconcebible gesta civilizadora que solo tiene parangón en la romanización de Eurasia. Protagonista fue una España nueva surgida de la reconquista, la expulsión de la península ibérica de un Islam que había invadido la península en 711, aplastando la Hispania visigoda cristiana.

Con el impulso de la vitalidad del crecimiento triunfal desde las Navas de Tolosa (1212) y con la recién estrenada unidad bajo la Corona de Isabel y Fernando, la reconquista como idea de la lucha para llevar la Corona española y la cristiandad al Nuevo Mundo recién descubierto se convierte en una inmensa fuerza movilizadora de cualidades y talento.

Desde aquel 12 de octubre, y a lo largo de 200 años, España se lanza a una empresa jamás vista que la lleva a extender sus posesiones por 20 millones de kilómetros cuadrados, desde Tierra de Fuego a Alaska, desde Florida hasta California; mucho más que toda Rusia, el país más grande del mundo y más que los actuales EE.UU. y Canadá juntos. Después del Tratado de Tordesillas, España y Portugal se vuelcan en competencia pero sin conflictos al desarrollo de sus territorios de ultramar.

España no “coloniza” nada, se expande en una nueva España con unos criterios que jamás había tenido ni tendría después ningún imperio. Construye ciudades, universidades, hospitales, sistemas de alcantarillado, desecación de pantanos y otorga y crea en América ciudades que llegan a ser la envidia de las ciudades europeas. Por supuesto que hubo crímenes y abusos de fuerza como los había en Europa. Y de mucha mayor crueldad en las regiones del protestantismo. Los debates sobre poder, derecho y moral fueron vivos, y la Escuela de Salamanca y Francisco de Vitoria son hitos en el establecimiento de unos códigos que llevaron a crear unas redes de protección que habrían de echarse mucho en falta por los indígenas después de las independencias.

La desgracia devastadora de la invasión napoleónica y la figura catastrófica de Fernando VII dieron pie al proceso de independencias y fraccionamientos que han sido trágicos para el subcontinente y la hispanidad misma. Una región fraccionada por ambiciones egoístas, localistas, operaciones británicas y conspiraciones de las diversas masonerías (también norteamericanas) para dinamitar la unidad de la Hispanidad, esa fuerza que los había mantenido a todos en jaque durante 300 años. Quizás si España hubiera tenido un rey entero que se hubiera ido de la España invadida por Napoleón a la España libre de Napoleón en ultramar, tal como hizo la

“

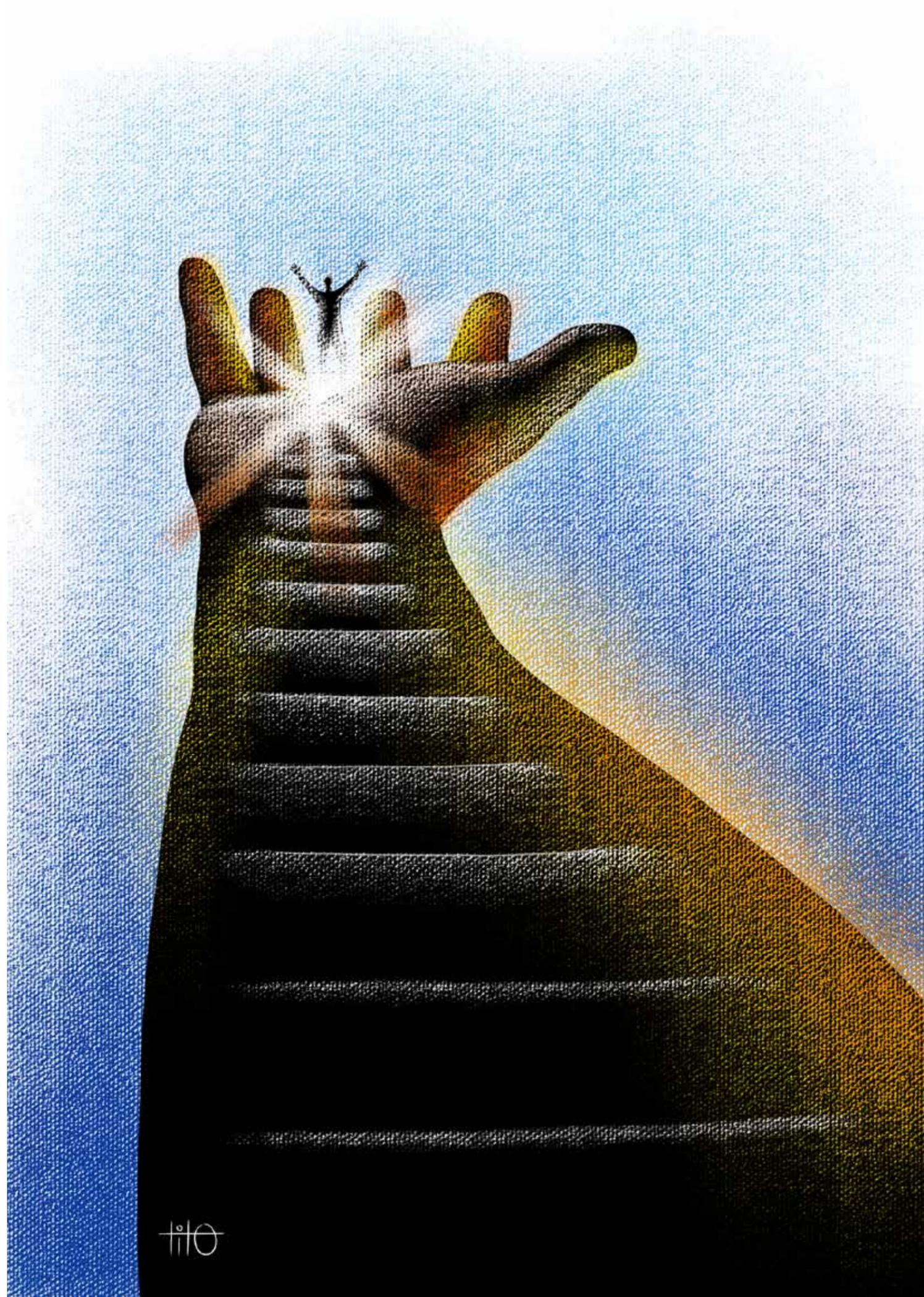
Importa que se difunda cada vez con más fuerza la verdad histórica frente a las patrañas y manipulaciones que han sido plenamente asumidas por la izquierda internacional.

Casa Real Portuguesa, aquella parte de España americana no se hubiera fraccionado tan trágicamente,

Pero eso ya apenas importa. Importa que se difunda cada vez con más fuerza la verdad histórica frente a las patrañas y manipulaciones negrolegendarias que han sido plenamente asumidas por la izquierda internacional, como parte de su operación de secuestro del indigenismo para la toma de poder.

Hoy que los pueblos americanos luchan para liberarse de tiranías ideológicas y criminales como la cubana, la venezolana, la nicaragüense, la boliviana o la nueva peruana, pocas ideas tienen más fuerza que la Hispanidad (o unida con la lusofonía en la Iberoesfera). Solo en ella podemos unirnos contra ese enemigo común que basa en la mentira histórica –la mayor de ellas, la Leyenda Negra– su discurso general para expandir el narcocomunismo por toda América. Y que incluso desea proseguir el asalto a Europa, ya en plena marcha con un gobierno socialcomunista que actúa como cómplice de toda la trama de las fuerzas conjuntas comunistas y del crimen organizado.

Frente a ellos, cada vez somos más los que planteamos la idea de la gran comunidad de la Hispanidad, con su proyección generosa de expansión de una gran alianza humana basada en una larga tradición de construcción de prosperidad en libertad, con la vocación de la perdurabilidad y trascendencia de la que carecen los demás proyectos políticos humanos. Es un proyecto fascinante y patriótico que en este mundo actual, de zozobra y peligros, puede llevarnos, en el mejor sentido, por el bien de todos nuestros pueblos hispanos.



La visión ideologizada de la presencia europea en América

LA PRESENCIA ESPAÑOLA Y EUROPEA EN AMÉRICA SOLO SE PUDO Y DEBIÓ JUSTIFICAR A PARTIR DE LA IMPORTANTE BULA "INTER CAETERA" SUSCRITA POR EL PONTÍFICE ALEJANDRO VI EL 4 DE MAYO DE 1493. EN ELLA SE RECONOCE LA AUTORIDAD DE ESPAÑA EN LAS INDIAS, CONDICIONADA A LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS PREHISPÁNICOS.

Por: Cecilia Bákula. Perú.
Historiadora. Representante permanente del Perú ante la UNESCO.

Existe actualmente la voluntad clara y evidente de construir e imponer una visión errada, tendenciosa y equivocada de nuestra propia historia, a partir de una narrativa cargada de informaciones equivocadas. Pareciera que se quiere armar, cual andamiaje sin sustento, el concepto de una nueva identidad peruana, basada en una visión equivocada de los propios elementos que encontramos como sus-

tento de esa manera de ser peruana. Es mayoritariamente aceptado que la identidad nacional es una "construcción" que incluye elementos individuales y colectivos; con ellos se establece una sólida síntesis, una sólida realidad que permite que el individuo se apropie de los elementos colectivos que se sustentan en las raíces del pasado, de la historia, y que se enriquece con el aporte de cada individuo. Por lo

Existe actualmente la voluntad de imponer una visión errada, tendenciosa y equivocada de nuestra propia historia. Se quiere armar el concepto de una nueva identidad peruana, basada en una visión equivocada de la manera de ser peruana.

anterior, todos somos parte y dueños de una serie de tradiciones culturales e históricas que hacen que nos identifiquemos entrañablemente con nuestra nación y nuestra patria; y en esa identificación surge nuestro destino y nuestra misión en ellas.

No obstante, cuando intereses subalternos e ideologías buscan descartar cierta información y crear un discurso que conviene solo a sus pequeños intereses, lo que hacen es robarle a la ciudadanía su justísimo derecho a conocer su historia, y les niega tener herramientas para construir su identidad común y colectiva. Cuando las ideologías pretenden ser la vertiente única de referencia para acercarse al conocimiento del pasado estamos ante un intento grotesco de falsear la verdad. Es decir, una voluntad de imponer ignorancia y desconocimiento; de tratar a los individuos como incapaces de analizar su realidad. Así les mutilan los eslabones de la historia real con los que podrían estructurar su identidad y su visión del mundo, o cosmovisión.

Es necesario señalar y recalcar que, como en toda empresa humana, a lo largo de los siglos de presencia europea, hubo situaciones de violencia, abuso y explotación, que en nada son motivo de orgullo ni de aprobación, ni por parte de los que llegaron de allende el mar. También hubo situaciones similares en las acciones bélicas, de conquista y sometimiento del poder cusqueño, que pretendía sojuzgar, esclavizar, oprimir y dominar a aquellos pueblos que le ofrecían resistencia. No obstante, la verdad debe ser dicha y es necesario dejar de tener una visión que idealiza a unos y sataniza a otros. Es innegable que desde el Cusco, los incas lograron adelantos técnicos sorprendentes; que trabajaron la piedra con excelencia a nivel de ingeniería y diseño; que fueron capaces de implementar sistemas de andenes para una agricultura sostenida y diversa. Y que sobresalieron por el titánico esfuerzo de llevar a cabo una red vial que les facilitara la comunicación y, por lo tanto, el control en todo el vasto territorio en el que estaban los pueblos bajo su égida militar y religiosa. En ese proceso hubo también excesos, delaciones, traiciones, muertes y abusos.

Pero, pretender que se crea que en la historia de un pueblo solo existieron días soleados y jamás una larga y tenebrosa noche es absurdo, tendencioso y puede llegar a conse-

cuencias de mucho peligro. Desarrollar una extensa Leyenda Negra sobre la presencia española en América implica, pues, la existencia de una voluntad expresa de relatar o reconstruir la visión de hechos históricos, dándoles una lectura errada, tendenciosa y negativa. No hay que negar los excesos ni las atrocidades que pudieron cometerse, pero tampoco hay que exagerar una visión en extremo negativa para unos y falsamente de excelencia para otros.

No es posible dejar de reconocer que hay una narrativa facilista y tendenciosa, ideologizada y falsa, que busca mostrarnos que el llamado encuentro de dos mundos, pretendió y significó el aniquilamiento del mundo inca cusqueño. No se menciona que para ese momento el imperio inca pasaba por uno de sus momentos de mayor crisis, al haberse desatado una pugna a muerte y un enfrentamiento militar, de lealtades y de origen, entre quienes se sentían con derecho omnímodo a ejercer el dominio: Huáscar y Atahualpa.

No obstante ese panorama ya crítico, es indispensable referir que la presencia española y europea en América solo se pudo y debió justificar a partir de la importante bula "Inter Caetera" suscrita por el Pontífice Alejandro VI del 4 de mayo de 1493, que señala expresamente: "... haciendo uso de la plenitud de la potestad apostólica y con la autoridad de Dios omnipotente que detentamos en la tierra..., os donamos concedemos y asignamos perpetuamente, a vosotros y a vuestros herederos y sucesores en los reinos de Castilla y León, todas y cada una de las islas y tierras descubiertas y desconocidas ... *Os mandamos en virtud de santa obediencia que haciendo todas las debidas diligencias del caso, destinéis a dichas tierras e islas varones probos y temerosos de Dios, peritos y expertos para instruir en la fe católica e imbuir en las buenas costumbres a sus pobladores y habitantes...*" Similar orientación se puede leer en la Capitulación de Toledo de julio de 1529.

Con esto se debe abrir una ventana a una nueva comprensión de ese encuentro entre dos mundos, que no tuvo la finalidad de la explotación como único objetivo, sino que buscaba la aculturación. Al momento de darse esta bula, el mundo europeo vivía el esplendor de los primeros años del Renacimiento y nadie se atrevería a decir que esos logros culturales no deberían ser difundidos, compartidos y tras-



“

Desde el siglo XVI el peruano no es inca, ni oriental, ni afrodescendiente ni europeo. Somos peruanos, y en esa diversidad está nuestra riqueza.

mitidos, en tanto el Renacimiento se sustenta en el humanismo a ultranza.

No dudo que entre los recién llegados hubiera muchos que vieron formas fáciles de adquirir poder, de usurpar derechos locales, de aniquilar y, seguramente, de imponer y no tanto compartir. Será por ello que, siglos después, el proceso emancipador se hace tan difícil por existir, tanto entre nativos como entre criollos, más intereses personales que defender que un espíritu de cuerpo contra España. Quizá esa lasitud, actitud acomodaticia y pasividad, es la peor herencia de ese encuentro cultural, porque vemos las consecuencias hoy en día.

Del mismo modo se han tejido versiones orientadas a señalar que el idioma vernacular fue proscrito. Se olvida, culposa y voluntariamente, que en nuestro virreinato, el más importante del Nuevo Mundo, en la Universidad de Lima (hoy Universidad de San Marcos), la más antigua de América, se estableció en 1596 una cátedra de quechua, entendida como la «lengua franca» del mundo andino. Desde entonces no fue posible que sacerdote alguno fuera ordenado si no daba una prueba de eficiencia en el manejo oral y escrito

del quechua, lengua en la que se evangelizó y a través de la cual se pudo comprender la cosmovisión andina. De esa manera se difundió, entre otros libros similares, la denominada “Gramática quichua” que había sido escrita por Fr. Domingo de Santo Tomás.

Se desconoce, por ejemplo, que el gran Toribio de Mogro-vejo aprendió quechua y aimara, y obligó a que la evangelización, es decir la comunicación entre y con los nativos, se diera en sus propias lenguas. Y durante los veinticinco años de su episcopado desarrolló un compromiso radical para con su pueblo y con la naciente sociedad cristiana andina y americana, que fue evangelizada utilizando catecismos en sus propios idiomas locales.

Desde el siglo XVI y hasta hoy en día, el peruano no es inca, ni oriental, ni afrodescendiente ni europeo. Somos peruanos, y en esa diversidad está nuestra riqueza. Acabar con los mitos y propiciar el conocimiento de una historia cierta y veraz es indispensable para evitar un mayor distanciamiento y polarización, que solo benefician a quienes pretenden imponer una ideología que nos aleja del futuro en unión y respeto que todos queremos y merecemos.

La leyenda negra de España

EN ESTE ARTÍCULO SE DESARROLLA UN RECUENTO DE LAS PRINCIPALES CORRIENTES TEÓRICAS E INTERESES QUE CONTRIBUYERON A LA CREACIÓN DE LA LEYENDA NEGRA EN CONTRA DE ESPAÑA. UNA DESCRIPCIÓN PROLIJA DE CÓMO SE FORMARON LOS DESENCUENTROS EN EL GIGANTESCO MUNDO DE LA HISPANIDAD.

Por: Hugo Neira. Perú
Docente universitario, historiador,
sociólogo y ensayista.

Los asuntos de rivalidad entre los antiguos imperios de Europa siglos atrás son un tema que aparentemente no nos concierne. Pero, por casualidad y desgracia, sí nos concierne. Estamos bañados y cubiertos de esa leyenda. La leyenda negra, combinada con otros aspectos de nuestra larga historia, nos conduce a un desprecio de nuestra cultura, no solo por el catolicismo, a darle poca importancia a la lengua castellana, y a una idea que existe en muchos peruanos: “nos habría ido mejor con otro tipo de coloniaje”. Esta idea es lo primero que debemos dejar. Ninguna colonialidad es mejor que otra.

Lo primero que debemos entender es que se trata de un asunto muy lejano en nuestra propia historia y de la misma metrópoli (o sea, España). Era una idea de desprecio a todos los que hablaban el castellano. Un español, Antonio Sánchez Jiménez –catedrático de literatura española y experto en literatura del Siglo de Oro– sostiene que la leyenda negra se inicia en los tiempos de Lope de Vega. O sea, cuando Quevedo, Góngora, Tirso de Molina, Cervantes y Calderón de

la Barca competían (ver: *Leyenda negra: la batalla sobre la imagen de España en tiempos de Lope de Vega*, Ediciones Cátedra, 2016).

Una tendencia literaria que ponía en cuestión la vida española y a los españoles mismos –presentados como intolerantes, santurriones y crueles– fue a la vez una manera de detener los excesos de la Corona, el dominio de Flandes. Antonio Sánchez sostiene en su obra que hubo “astucia”. El ingenio de los españoles: presentaban un ser frío y siniestro, y que serían calculadores. O sea, un estereotipo, “fuerte y muy difundido, pero no incólume al paso de la centurias”. Hablaban mal de ellos para asustar a otros pueblos europeos. La leyenda negra sería una “soberbia” hispana. Para dar valor a las numerosas victorias militares españolas en el siglo XVI. “Tras esas sorprendentes campañas los italianos desarrollaron una idea muy favorable de los soldados españoles, concretamente de los tercios de infantería. Todos los historiadores de la época (Maquiavelo, Guicciardini, Con-



Era una era de guerras y combates, tanto en tierra como en el mar, y no había Internet pero sí la imprenta. La leyenda negra, que va a cruzar los siglos, nace bajo la pluma de un autor que se hizo llamar Julián Juderías. Nunca se ha sabido su verdadero nombre.

tarini, etc.) los alababan como la mejor infantería de Europa, particularmente por su tenacidad y capacidad de resistencia”.

Según Gómez-Centurión Jiménez, citado: “El teatro europeo se llenaba durante un siglo y medio de parodias intencionadamente afectadas y altisonantes de los hidalgos hispanos”. Otro rasgo que se le atribuyó, es la “sangre semita”. Entonces, tenemos dos hipótesis. O bien fue una manera de hacerse elogios ellos mismos. O bien, por razones evidentes, por temor al imperio de los Habsburgo, hasta se dijo que los españoles eran “marranos”, semitas, “falsos cristianos”.

Era una era de guerras y combates, tanto en tierra como en el mar, y no había Internet pero sí la imprenta. Esa calificación –*la leyenda negra*– que va a cruzar los siglos, nace bajo la pluma de un autor que se hizo llamar Julián Juderías. Nunca se ha sabido su verdadero nombre. En cuanto al contenido es ambiguo. Por una parte, fue una suerte de propaganda. Lo que sería, en nuestro tiempo, una manera de exagerar al soldado español. Por otra parte, los imperios y reinos de Europa procedieron a demonizar a los españoles, y entonces circularon grabados y dibujos que eran la respuesta de la propaganda hispana: en ellos se veía cómo, ya en las Indias, los hombres del Imperio español quemaban indios para que se comieran entre sí. Esto fue, por ejemplo, los grabados de Theodor de Bry (1528-1598). Era una propaganda antiespañola que aparece en países protestantes, como Inglaterra y en las Provincias Unidas (hoy Holanda). No hay duda de que esas guerras eran feroces, con las descripciones de escabrosas y exageradas escenas de violencia. Pero cuando se produjo la toma del Oeste americano, expulsando a los indios norteamericanos, no hubo grabados como los de Theodor de Bry.

La continuación de la leyenda negra es el tema del genocidio. Se le echa la culpa de las plagas al mismo Colón. Para que se odie a la civilización europea.

La leyenda partió de la Italia de esa época, con relatos sobre el mundo de la España americana. Se suele decir que mataron a los indios. Hoy los estudiosos de la historia de América Latina saben que la población, tanto en México azteca como en el Perú, tuvo pérdidas enormes por el choque microbiano. Al llegar Cortés, México tenía 20 millones de habitantes. Y un siglo después, solo un millón. En el Perú, eran trece millones, pero también cayeron a menos de un millón.

Tratándose de contagios, solo en nuestra época se ha podido entender lo que ocurrió. Solo a fines del XVIII Louis Pasteur descubre los microbios y su acción patógena, mucho después de inventarse el microscopio. Unos especialistas de los Estados Unidos encontraron que la población de las islas del Caribe desapareció sin que hubiera minas ni tampoco trabajos excesivos. El misterio de la muerte masiva de los naturales de América india perduró porque durante siglos no se supo del efecto de las pestes. La humanidad del Nuevo Mundo no estaba inmunizada para soportar las plagas de los europeos, que eran contagiosas para ellos, pero no letales. Una gripe y sus estornudos provocaban la desaparición de una aldea caribeña, con enfermedades como la viruela, la peste bubónica, la malaria, la fiebre amarilla, la tuberculosis.

La aniquilación de la población no tiene sentido. Los españoles no podían destruirla puesto que necesitaban la mano de obra indígena. Y como ha dicho el americanista Tzvetan Todorov, “ni las guerras ni las consecuencias de los maltratos, suponiendo que existieron, explican un exterminio directo de millones de indios, por lo tanto, se dio por el choque microbiano” (*La Conquista de América. El problema del otro*, 1982)

También pudo ser la «leyenda negra» una crítica a la Inquisición. El antihispanismo corresponde al ascenso de Inglaterra. Pero para Ernesto Sábato, en 1991, “no hay leyenda negra ni blanca”. Lo que cuenta es Latinoamérica, desde el Descubrimiento a nuestros días.

Hoy hay que examinar nuestras leyendas negras. Y en estos años han emergido críticos sobre nosotros mismos. Una pequeña bibliografía:

Las raíces torcidas de América Latina, de Carlos Alberto Montaner.

América del Sur. El surgimiento de un actor global, de Cristiane Pereira.

Elecciones y legitimidad democrática en América Latina, de Fernando Mayorga.

Y entonces, sí tenemos una leyenda negra, según Javier Sáenz del Castillo. Dicen que somos una “Europa fracasada”. Pero lo guardo para otros ensayos.

Mitos sobre el pasado para usurpar el presente

LA LEYENDA NEGRA ES UNO DE LOS INSTRUMENTOS DEL NEOCOMUNISMO PARA MANIPULAR A LAS CLASES MÁS DESFAVORECIDAS Y ACERCARLAS A SUS PLANTEAMIENTOS POLÍTICOS. LA UTILIZACIÓN DE LA HISTORIA COMO INSTRUMENTO POLÍTICO SE HACE MEDIANTE LA CREACIÓN DE UNA SERIE DE MITOS.

Por: Román Cendoya. España.
Periodista, analista político y consultor.

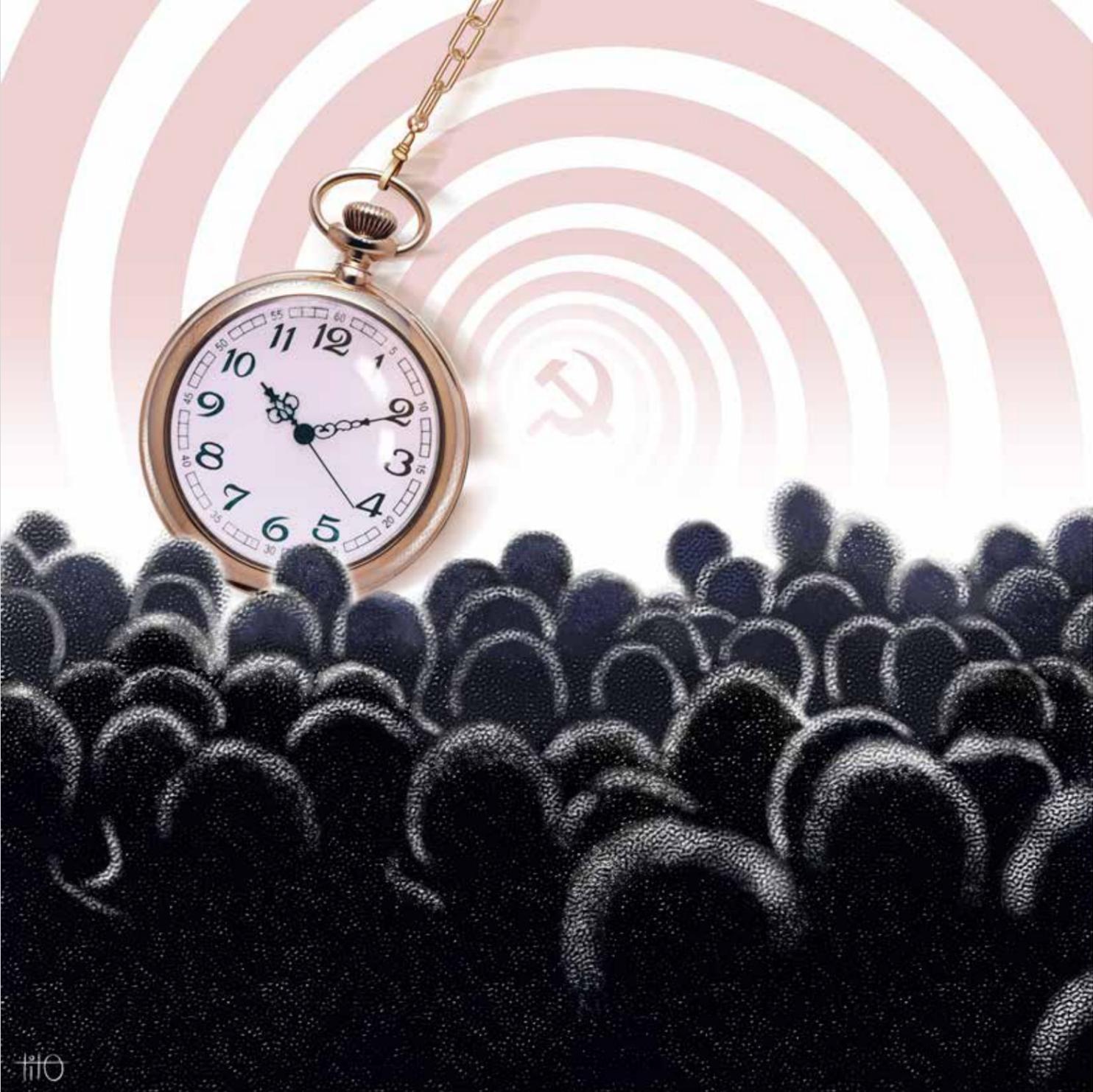
La Leyenda Negra forma parte de una visión sesgada y crítica del papel desempeñado por España en la conquista del continente americano. Son legítimas las diferentes interpretaciones de la historia desde distintos puntos de vista historiográficos porque, como en toda acción humana, hubo luces y sombras, bondad y maldad. Los hechos, hechos son y ahí están. A favor y en contra.

Es obvio que la conquista de América llevada a cabo por los españoles cambió el rumbo de la historia. Como la transformación de la sociedad analógica a la digital también está cambiando el presente y en el futuro. Cada acontecimiento tiene una virtud transformadora y es una realidad de cada

tiempo. No se deben aplicar principios, valores, ideologías, usos y costumbres de hoy a tiempos en los que los principios, valores, usos y costumbres eran radicalmente diferentes.

Igual sucedió con los ingleses en la conquista de sus territorios de Asia, Oceanía y Norteamérica. También con los franceses y belgas en África, los chinos en Vietnam y múltiples países de la zona. Todos los fenómenos colonizadores han tenido, entre otros muchos, un componente violento. Su mayor logro es la transformación de las sociedades.

Ahora bien, hace 200 años que España perdió prácticamente todos sus territorios, bajo el reinado de Fernando VII.



Después de dos siglos de independencia de los países, no es verdad que los españoles sean los culpables de las realidades sociales que hoy sufren los pueblos de América Latina. Lo que hoy padecen estas sociedades es fruto de su sociedad.

La Leyenda Negra como instrumento político

La Leyenda Negra utilizada como instrumento político supone una manipulación completa de la realidad actual con el objetivo de culpabilizar a un tercero –España y la historia– de los problemas políticos, económicos y sociales que los diferentes países de América Latina padecen hoy por la negligente gestión de sus dirigentes. Desde la independencia de estos países, son los propios pueblos los que se han go-

bernado a sí mismos. Su fracaso es cosa de ellos. Sus bolsas de pobreza económica y social son fruto de la negligencia política de sus dirigentes en los últimos 200 años.

La Leyenda Negra es uno de los instrumentos del neocomunismo para manipular a las clases más desfavorecidas y acercarlas a sus planteamientos políticos. La utilización de la historia como instrumento político se hace mediante la creación de una serie de mitos.

El primer mito es la presunta grandeza de los “pueblos originarios”, cuyas tradiciones, cultura usos, costumbres y desarrollo eran tan –míticamente– superiores que su implantación debería servir para dar respuesta válida a los

“

La Leyenda Negra, utilizada como instrumento político, supone una manipulación completa de la realidad actual con el objetivo de culpabilizar a un tercero –España y la historia– de los problemas políticos, económicos y sociales que los diferentes países de América Latina padecen hoy.

problemas estructurales de la sociedad de hoy. Es un mito porque los pueblos originarios ya no existen, como fruto del mestizaje de 500 años. Es un mito que fueran así porque entonces no hubieran sucumbido ante unas decenas de españoles y tampoco habrían abrazado su idioma y religión. Es un mito perverso porque los que los reivindican –mayoritariamente comunistas– ofrecen al pueblo una ensoñación como solución.

Es un mito porque los verdaderos gestores que están detrás son la legión de asesores cubanos, Evo Morales, Lula da Silva, Verónica Mendoza, Pablo Iglesias, Monedero y todos los firmantes del Foro de Sao Paulo o de la declaración de La Paz. ¿Qué tienen estos personajes de originarios? El uso del mito siempre se ejecuta igual. Proponen de líder a un local –el presunto originario– que será la marioneta a sus intereses. Y lo hacen porque el comunismo no puede proponer, como banderín de enganche, su modelo de gestión ya que es un fracaso histórico global. En todos los países del mundo víctimas del comunismo se producen millones y millones de pobres.

Otro mito son las repúblicas “plurinacionales”. Bolivia se ha transformado en una República plurinacional; lo mismo que pretenden hacer con Chile o Perú mediante el cambio de la Constitución. Una falacia histórica utilizada para fraccionar el territorio sobre la base de la preexistencia de las naciones y pueblos originarios indígenas campesinos. Fue con la Revolución Francesa de 1789 cuando el concepto “nación” adquirió su pleno sentido político moderno, al oponer la soberanía de los ciudadanos al absolutismo del rey. El modelo plurinacional se intenta implementar para fraccionar las estructuras

del Estado y debilitarlo. Los “originarios” asignan el título de nación a cualquier colectivo. Saben que cuanto más pequeña es la unidad identitaria es mucho más fácil de establecer la tiranía del control político.

Los mitos funcionan porque se implementan como un relato construido como una verdad colectiva, cuando es una realidad imaginada que genera unas grandes expectativas. Y así se traslada la decisión de voto a un plano mitológico, que no ideológico. Hacen que los ciudadanos, como factor de decisión de su voto, prioricen la ideología y no la gestión, capaz de favorecer el desarrollo y aumentar el estado del bienestar.

La izquierda antepone el derecho del pueblo al del individuo –único sujeto real de derecho– porque en la masa se diluye la realidad. Cuando un millón de ciudadanos se manifiestan en la calle, los medios suelen decir “el pueblo se echa a la calle”. Lo que no suelen decir y destacar es que el resto de millones de ciudadanos se quedaron en casa. Lidera mucho más una minoría organizada y movilizadora que la inmensa mayoría paralizada.

La falsedad de los mitos

Incas, mayas y demás “imperios” eran colonizadores, conquistadores que sometían y explotaban los territorios. Las realidades sociales de la época estaban caracterizadas por el sometimiento de las tribus más débiles a las más fuertes, los sacrificios humanos y una estructura social no desarrollada según los estándares de desarrollo que había en Europa. Entonces los pueblos no eran ricos, ni todos eran nobles, ni estaban todos desarrollados. No es cierto que hasta que llegaron los españoles la región era un edén maravilloso y avanzado. No había un idioma común. No existía una estructura económica, no había universidades, una religión común, ni un idioma capaz de vertebrar todos los territorios.

La característica fundamental de la conquista española fue el mestizaje, aportando el idioma, el desarrollo tecnológico y cultural, el modelo económico y social, y la religión. Como dice Yuval Noah Harari, en su aclamada obra *Sapiens* “los imperios han producido civilizaciones híbridas que absorben muchas cosas de sus pueblos sometidos”.

Los españoles no deben disculparse por la conquista. Dos siglos después de la independencia no es legítimo manipular, mentir y engañar a los pueblos con falsos mitos para acceder al poder, como hacen los comunistas.

La escuela de Salamanca y la Leyenda Negra

LA LEYENDA NEGRA EN CONTRA DE ESPAÑA SE CONSTRUYÓ PESE A QUE, EN DETERMINADO MOMENTO, LA CORONA ESPAÑOLA DETUVO LA CONQUISTA PARA DILUCIDAR, MEDIANTE UN DEBATE TEOLÓGICO, ACERCA DE LA JUSTICIA DEL PROCESO. UN IMPERIO QUE SE INHIBE DE SU PODER PARA DISCUTIR SOBRE LOS DERECHOS DE LOS FUTUROS SÚBDITOS. UN CASO ÚNICO.

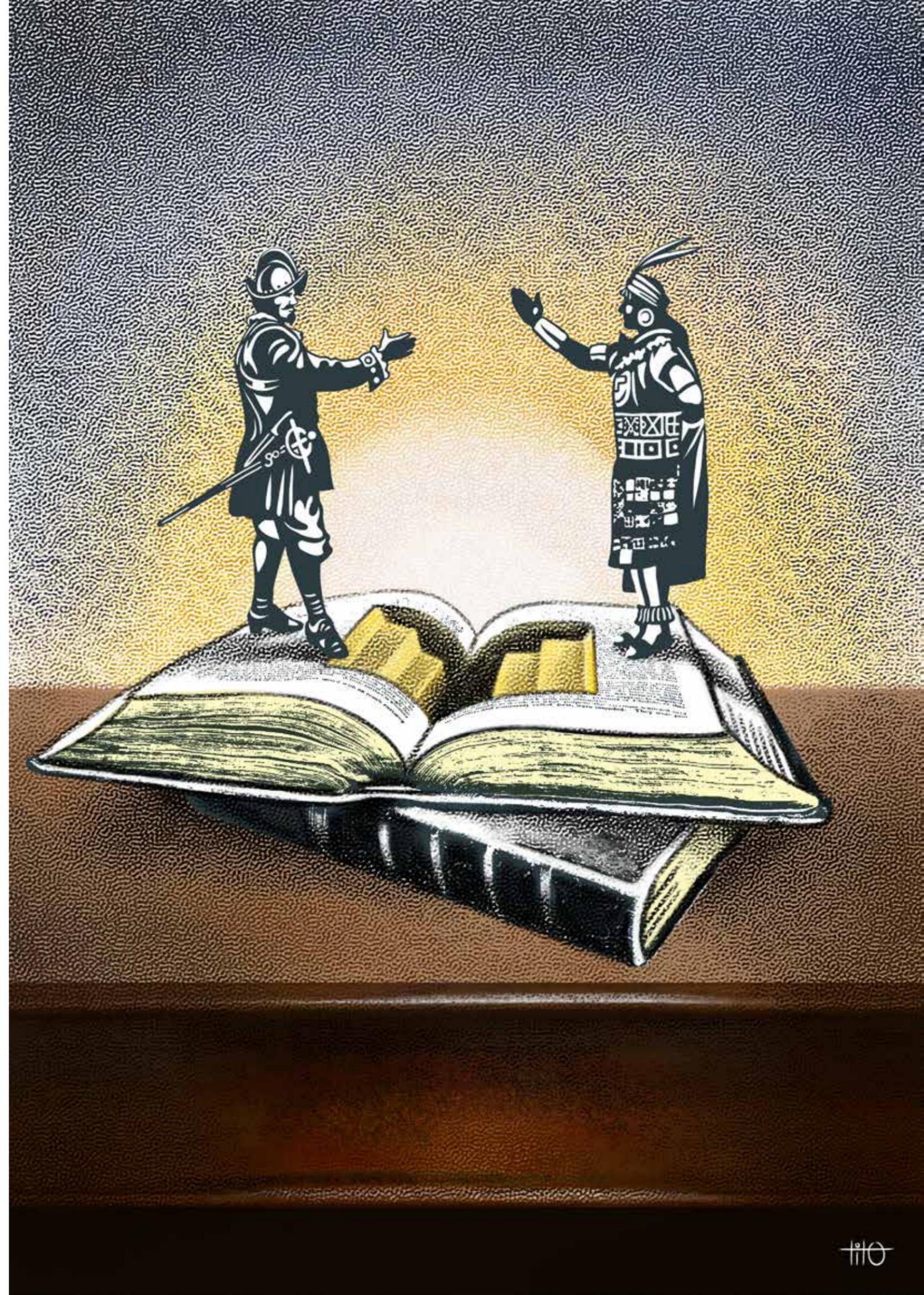
Por: Luciano Revoredo. Perú.
Director del portal La Abeja.
(laabeja.pe)

El increíble desplante de Pedro Castillo al Rey de España durante su toma de juramento como Presidente del Perú, las expresiones antihispanas del presidente de México López Obrador, ambos con muy castellanos nombres, así como los atentados contra monumentos y lugares que recuerdan la conquista española en diversas partes del continente, pero sobre todo en Estados Unidos (por parte de los representantes de la cultura *Woke*), han puesto una vez más en la escena los viejos argumentos de la llamada Leyenda Negra.

Sin embargo, estas posiciones trasnochadas también han permitido que se alcen voces disonantes que no están dispuestas a someterse a una versión oficial de la historia. La bibliografía a contracorriente se ha incrementado con el

monumental aporte del argentino Marcelo Gullo y su libro *Madre Patria*; así como con *Las leyes de Indias*, de Julio José Henche Morillas que acaba de aparecer en España.

Para Gullo la Leyenda Negra es la obra más genial del marketing político británico. Pero también conviene recordar a Julián Juderías, autor del clásico *La leyenda negra*, publicado en 1914, para quien todo se inicia con Bartolomé de las Casas y su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, que será el punto de partida para una avalancha de escritos franceses, ingleses, holandeses y alemanes. A esto se suma –según Juderías– la publicación de *Descubrimiento*, obra infamante del español protestante Reinaldo González Montes, publicada en Heidelberg en 1569 y que crea el mito exacerbado de los autos de fe y las torturas del Santo Oficio.



Es menester recordar que la conquista española es la más grande obra civilizadora de la historia. Y que si bien hubo excesos y errores, simultáneamente fue el laboratorio, gracias a la Escuela de Salamanca, del cual surgieron los que hoy conocemos como derechos humanos y como derecho internacional.

Lo cierto es que todo este odio folletinesco contra la España católica y sus monarcas, particularmente Felipe II, es el origen de la leyenda que hasta ahora repite sin sustento la progresía.

Es menester recordar que la conquista española –que, como toda obra humana, tuvo luces y sombras– es la más grande obra civilizadora de la historia humana. Y que si bien hubo excesos y errores, simultáneamente fue el laboratorio, gracias a la Escuela de Salamanca, del cual surgieron algunos de los fundamentos más sólidos de lo que hoy conocemos como derechos humanos y como derecho internacional.

Desde inicios del siglo XVI ya hay en la Corona una preocupación por el asunto indígena. Podríamos hablar de una suerte de renacimiento en la cultura y el arte del gobierno. Los problemas que plantea el descubrimiento y la asimilación de las Indias son de índole jurídica y filosófica, cuando no teológica. Se debate desde estos enfoques las razones del justo título de España para el gobierno de las poblaciones indígenas.

En 1550 se produce en Valladolid, a propuesta de la corona, la disputa entre Bartolomé de Las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda. Debaten sobre la justicia de los métodos españoles en la expansión política y social de su dominio en las Indias. Pese a que de este encuentro se concluye con claridad que “todas las gentes del mundo son hombres” –ni animales, ni esclavos–, y que los indígenas están llamados a ser cristianos y vivir dignamente y en libertad, Las Casas publicará en 1552 su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, dando pie a una desorbitada campaña antihispana.

Está claro que fueron los propios españoles los primeros en denunciar y condenar los abusos y crueldades que existieron en la conquista de América. Cosa que no sucedió en la conquista anglosajona y protestante en el norte del continente, donde sí hubo auténticas masacres sin el menor atisbo de toma de conciencia.

Es esta honesta autocritica que se da fundamentalmente en cátedras universitarias, y no en la campaña folletinesca de Las Casas, la que aporta nuevas concepciones jurídicas. El principal protagonista de esta corriente es el sacerdote y

catedrático Francisco de Vitoria, fundador de la Escuela de Salamanca, que es como se conoce al brillante renacimiento del pensamiento que se produjo en materia económica, jurídica, filosófica y teológica en torno a Vitoria y un grupo de catedráticos de Salamanca.

Ante los posibles excesos en contra de los indígenas, la Escuela de Salamanca propuso un *Programa de reivindicaciones* que se centraba en cinco postulados:

1. Indios y españoles son iguales en cuanto hombres.
2. Son igualmente solidarios y libres. El retraso de los indios se debe, en gran parte, a la falta de educación y las costumbres bárbaras.
3. Los indios son dueños de sus bienes, al igual que los cristianos.
4. Los indios podrán ser confiados a la tutela y protección de los españoles mientras estén en situación de subdesarrollo.
5. El consentimiento mutuo y la elección libre de los indios constituye, en última instancia, el título prioritario de intervención y de gobierno.

De acuerdo a estas propuestas, las leyes y la administración de Carlos V serán legítimas solo en la medida en que se orienten a la promoción de los indígenas en junto con los españoles. La aplicación de estos principios fue la base del derecho virreinal exigido por Francisco de Vitoria y llevado a la práctica por la Escuela de Salamanca. El cuestionamiento que se produce es tan profundo que Carlos V ordena detener la conquista de nuevas tierras mientras se definen estos temas de fondo.

Marcelo Gullo cita con acierto, al comentar el aporte de la Escuela de Salamanca, al historiador norteamericano Lewis Hanke cuando señala que la conquista española no solo es una hazaña militar, sino “uno de los mayores intentos que el mundo haya visto de hacer prevalecer la justicia y las normas cristianas en una época brutal y sanguinaria”.

La Hispanidad como muro de contención

EN EL SIGUIENTE ARTÍCULO SE REFLEXIONA SOBRE CÓMO LAS NARRATIVAS EN CONTRA DE LA HISPANIDAD AHORA FORMAN PARTE DE LAS LEYENDAS QUE SE CONSTRUYEN PARA EROSIONAR LOS PILARES DE LA SOCIEDAD OCCIDENTAL. HISPANOAMÉRICA NO HALLA SU LUGAR EN LA NUEVA GLOBALIZACIÓN DEBIDO AL AVANCE DE ESTOS RELATOS.

Por: Jorge Martín Frías. España.
Director de la Fundación Disenso.

La perpetua ruptura de los vínculos sociales que vive hoy Occidente tiene múltiples causas. Muchas de ellas hay que buscarlas en la endofobia, de donde derivan las cuestiones identitarias, ideológicas y pseudohistóricas. Esta cultura de autoodio que atraviesan nuestras sociedades bucea en la historia en busca de factores diferenciales con los que colectivizar y diferenciar a los individuos, algo que ha conseguido con relativo éxito. En la Iberosfera ese hecho diferencial se mueve en un binomio que hasta hace unas décadas era indisociable: la historia de España y la de América.

La Hispanidad, que trasciende a España –así como el español trasciende al castellano– conforma un fuerte vínculo histórico y cultural que lleva siglos hermanando a cientos de millones de personas a ambos lados del Océano Atlánti-

co. Esta homogeneidad en la pluralidad, persistente a pesar del tiempo y la distancia, actúa como un muro de contención a todo tipo de ideologías totalitarias.

Es por eso que este vínculo, esta historia común, representa hoy un obstáculo para todos aquellos que quieren penetrar en la vida social y política de América con el objetivo de implantar ideologías criminales como el denominado “socialismo del siglo XXI”, una careta del comunismo. Como pronosticó y desarrolló Antonio Gramsci en su obra, para hacerse con el poder no bastaba con la batalla política en el campo de las ideas, sino que se hacía necesario subvertir los vínculos culturales que hacían de las naciones un todo, una homogeneidad unida por lazos históricos, familiares, políticos o culturales. Una vez disueltos, la sociedad sería más



“

La Hispanidad, que trasciende a España – así como el español trasciende al castellano – conforma un fuerte vínculo histórico y cultural que lleva siglos hermanando a cientos de millones de personas a ambos lados del Océano Atlántico.

también *obvia hablar de las matanzas y de la situación de esos mismos pueblos poco antes de la llegada de Colón.*

Frente a esta narrativa se encuentra la historia real, sin edulcorar. Pero lo que muchos desconocen es que *el primer homenaje a Colón no se celebró en Madrid ni en Sevilla*, y tampoco en cualquier otro lugar de España. Corrió a cargo de Ricardo Monner Sans, militar y posteriormente cónsul en Hawái, que organizó dicho homenaje ya a finales del siglo XIX, en 1892, en la ciudad de Buenos Aires. El acto sentó el precedente de una celebración continuada que vendría después, y que aglutinó a numerosas personas que se unieron a la conmemoración.

Afirmaba Julián Marías que *desde finales del siglo XV no se puede estudiar España sin verla desde América*. Pero hoy, además, puede cambiarse el orden de la premisa y sentenciar que tampoco puede estudiarse América sin verla desde España. Y es que las amenazas que comparten los países de la Iberosfera, empezando por España, son comunes. Hoy los valores básicos de toda democracia liberal son atacados: la libertad, la separación de poderes, el Estado de derecho, el imperio de la ley. Estas amenazas se agrupan en núcleos de poder en Madrid, Caracas o Managua, y encuentran en el Foro de São Paulo o Grupo de Puebla el nexo común para obrar en los diferentes países. Son estos foros y sus satélites mediáticos los más interesados en acabar con el legado común de la Hispanidad, que se ha alzado como un obstáculo en su agenda, que no es otra que implantar el comunismo tal y como ocurrió en países como Cuba o Venezuela.

Sin una tabula rasa, sin un punto de partida a cero, las ideologías criminales que pretenden imponerse a través de estos foros internacionales no tendrían cabida en ninguna de estas sociedades del sur de América, puesto que los valores que frenan a los tiranos cuentan con profundas raíces culturales, históricas y religiosas.

La Hispanidad, que ha sido capaz de unir naciones durante siglos, que tendió puentes entre continentes y que es celebrada en latitudes de todo el mundo, ha de ser reivindicada no como un legado, sino como un presente que trasciende España y configura una cultura común propia de la que participan todos los países. Y que ni la fobia a lo propio ni las grandes campañas de propaganda han conseguido derrumbar más de 500 años después.

sencilla de conducir, más maleable, pues la lucha común por una identidad propia desaparecería. *Esas instituciones ejercen un contrapeso frente al ubicuo poder del Estado, que busca terminar con ello e imponerse en una única relación: la de la persona sometida al poder.*

En el mundo hispano, el espolón de proa de esa fractura lo encarna el indigenismo, venido a más en la última década, al calor de las ideologías excluyentes que han emanado de las facultades de Estados Unidos desde finales de los años sesenta y principios de la década de los setenta.

Lo que un día se tomó como delirios teóricos en ciertos departamentos universitarios, hoy componen una realidad que ha llevado a las calles de estos países los disturbios que buscan replicar lo que ya ocurrió en Norteamérica algunas décadas atrás. Un ejemplo de ello son los derribos de estatuas, a lo largo y ancho de Sudamérica, que habían permanecido ahí durante siglos. Estatuas que eran testigos privilegiados de los tiempos y que fueron reivindicadas por la población local, que en muchas ocasiones conmemoraba efemérides comunes con nuestro país.

Este indigenismo vendría a representar el hecho diferencial frente a España, a la que se presenta en torno a una Leyenda Negra implacable frente a los pueblos precolombinos, a los que se idealiza y ensalza con tintes identitarios y folclóricos. Este movimiento no solo evita reconocer el legado común de siglos de historia compartida con España, sino que

Los Incas Hispanos

DURANTE EL PERIODO VIRREINAL LOS NOBLES INCAS OCUPARON PUESTOS POLÍTICOS DE RELEVANCIA. MANTUVIERON SU POSICIÓN DE PODER Y SIRVIERON COMO NEXO ENTRE EL ESTADO VIRREINAL Y EL PUEBLO INDÍGENA.

Por: Rafael Martín Aita. Perú.
Docente de la Universidad de Lima.

La educación escolar nos inculca que el último Inca, Atahualpa, fue ejecutado a manos de Pizarro, y que con él terminó la estirpe de los gobernantes del Tahuantinsuyo. Por eso, leer un título que se refiere a "incas hispanos" puede sonar anacrónico o incluso hasta contradictorio. Sin embargo, existieron; a pesar de que desconocemos de su existencia por ser los grandes olvidados de la historia peruana. Para remediar este error, este artículo busca rescatar la historia de aquellos que llevaron el título de inca, hablaban español, eran fervientes católicos y además, fieles aliados de la corona de Castilla.

La llegada de Pizarro al Perú encontró una guerra entre dos hermanos, Huáscar y Atahualpa, que luchaban por suceder al Inca Huayna Cápac, quien había fallecido intempestivamente. Bajo ese contexto, existía un mayor enfrentamiento entre los bandos huascaristas y atahualpistas que con los españoles, a quienes veían como *wiracochas* barbados llegados



del mar. La coyuntura facilitó que Pizarro busque alianzas: primero con Atahualpa, y luego de ejecutado este, con el bando huascarista. El primero en consolidar esta alianza inca hispana fue Manco Inca, aunque luego de su sublevación quien la llevó a cabo fue su hermano Paullu Inca.

La alianza de Paullu Inca con los españoles vendría de la mano de su conversión a la fe de los cristianos. Esta conversión marcaría un hito en el proceso de evangelización del nuevo mundo. Paullu Inca pidió voluntariamente ser bautizado y convertido a cristiano por Juan Pérez Arriscado, de la orden de San Juan, ante la sorpresa e incredulidad de los demás conquistadores españoles. Como era costumbre en aquella época, la conversión de una autoridad llevaba a la conversión de sus súbditos. Así, el bautizo de Paullu Inca fue seguido por el de otros curacas y líderes de panacas, como García Cayo Topa, Felipe Caro Topa, Juan Paccac o Pascac, Juan Sona entre muchos otros (Amado, 2017).

Esta conversión, lejos de ser por la fuerza, expresaba el deseo personal del propio Paullu Inca de ser cristiano. Sus actos demostraron una intención de vivir coherentemente bajo los preceptos de la Iglesia, renunciando a todas sus consortes; excepto una, con la cual se casó religiosamente. También era asiduo fiel en la asistencia a misa, a donde era llevado en una litera por sus súbditos.

No hay razón en los hechos históricos para dudar de una certera conversión al cristianismo. Así lo afirma don Juan Pichota, descendiente del inca Viracocha, quien describió su proceso evangelizador. Vio este testigo como Paullu Topa Inga fue catequizado en la ley de Nuestro Señor Jesucristo, así como otros indios incas, sus deudos, caciques principales y comunes por unos clérigos, frailes y ermitaños que los catequizaron en una ermita que Paullu Topa Inga hizo hacer junto a sus casas, donde es hoy la parroquia de San Cristóbal. Y también en otros lugares a los que asistían los clérigos, frailes y ermitaños que enseñaban a leer y escribir a quienes que querían aprenderlo. Y luego que Paullu Topa Inga se cristianizó y se vistió en hábito español, hicieron lo mismo algunos indios, sus deudos y caciques principales (MacCormack, 2004).

Paullu Inca tuvo dos hijos legítimos, Carlos Inquill Topa y Felipe Inquill Topa. Carlos Inquill Topa, llamado Carlos Inca, sería el heredero del mayorazgo de su padre. Fue discípulo del autor de *Los Comentarios Reales de los Incas*, el Inca Garcilaso de la Vega, en la escuela, y llegó a ser escribano, hombre de a caballo, diestro en las armas y buen músico (González, 2019). Carlos Inca personificaba la unión de los dos mundos: fue el único descendiente real Inca criado con los hijos de los más prominentes españoles de la ciudad, descendientes de los conquistadores. Tuvo dos preceptores españoles que le enseñaron los clásicos y la música europea,



La alianza de Paullu Inca con los españoles llegaría con su conversión al cristianismo. Esto marcaría un hito en el proceso de evangelización del nuevo mundo.

siendo criado como un gentilhomme castellano de la época (Merluzzi, 2014).

Fue un devoto católico. Fundó la parroquia Virgen de Guadalupe en Cusco y mantuvo la capilla de San Cristóbal que había fundado su padre Paullu. A la muerte de Paullu Inca, fue considerado como la cabeza de la sociedad indígena, incluso por los españoles que lo tuvieron en gran respeto y estima. Lo llamaban Príncipe, mantuvo un lugar privilegiado en las fiestas y ceremonias públicas y formó parte de la administración de Cusco, integrándose a la nueva economía virreinal. Mantuvo todos los privilegios de un noble, viviendo en el Palacio de Colcampata junto a su corte de siervos, administrando comercios de coca y arrendando mano de obra indígena en las minas de Potosí (Hemming, 1975: 328-330). Se casó con María Esquivel Amarilla, una española natural de Trujillo, la misma tierra de Francisco Pizarro. Con ella tuvo un solo hijo, llamado Melchor Carlos Inca.

Melchor Carlos Inca, al igual que su padre y su abuelo, asumieron la cultura hispana, viviendo “a la usanza y traje español”. Su vida estuvo llena de privilegios, teniendo bajo su propiedad “Muchos caballos y mulas y otros aderezos necesarios para su ornato” (Amado, 2019). Destacaba en fiestas y reuniones como una persona muy bien vista y estimada en Cusco, siendo regidor perpetuo de esta ciudad y alférez real de los Incas.

No solo los descendientes de Paullu Inca gozaron de los privilegios de vivir como nobles en la sociedad virreinal, sino también los herederos de Sayri Túpac, hijo de Manco Inca. La hija de Sayri Túpac, Beatriz Clara Coya, descendiente del Inca Huayna Cápac, se casó con Martín García de Loyola, familiar de San Ignacio de Loyola. De este matrimonio nació una única hija, Ana María Lorenza Sayri Túpac de Loyola, quien contrajo

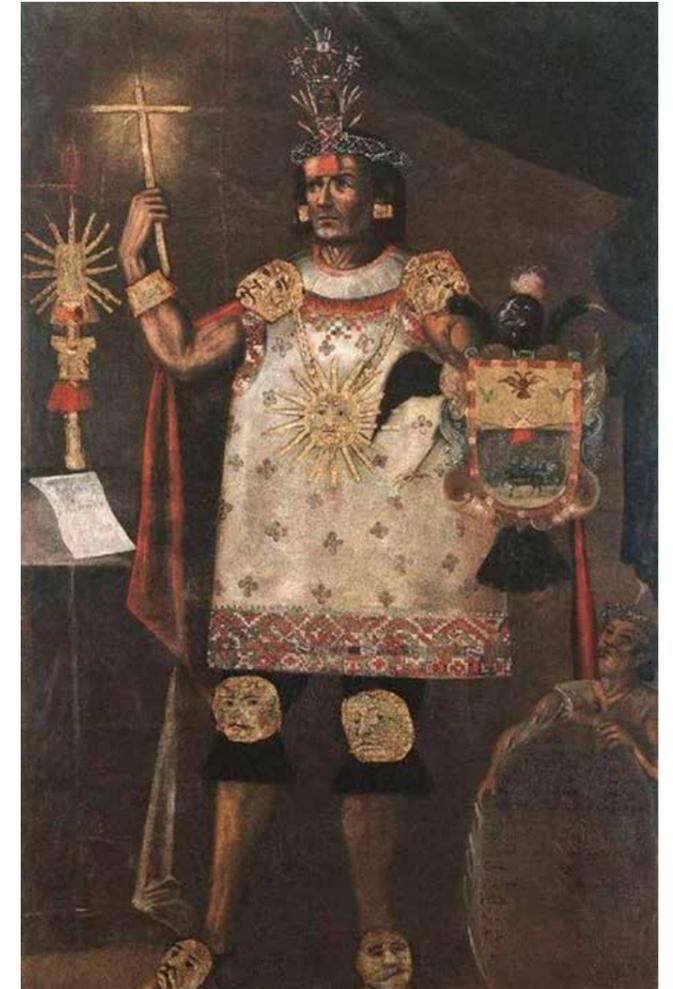
Figura 1
Luis Chiguantopa Inga (Museo Inka de Cusco)



Fotos: Rafael Martín Aita

Su hijo, Juan Enríquez de Borja Loyola Inca pertenecía a la línea de descendientes del rey Alfonso XI de Castilla, Juan II de Aragón, la casa de Borja, la casa Loyola y los Incas del Tahuantinsuyo.

Figura 2
Alonso Chiguantopa Inga (Museo Inka de Cusco)



nupcias con Juan Enríquez de Borja, de la misma casa de San Francisco de Borja y por lo tanto la familia Borgia del Papa Alejandro VI, y descendiente de los reyes de Castilla y Aragón.

Su hijo, Juan Enríquez de Borja Loyola Inca pertenecía a la línea de descendientes del rey Alfonso XI de Castilla, Juan II de Aragón, la casa de Borja, la casa Loyola y los Incas del Tahuantinsuyo. Sus títulos nobiliarios incluían el de Marqués de Oropesa, Marqués de Alcañices con grandezza de España (primera clase) y Señor de Loyola. Su marquesado en Perú fue gobernado por la familia Chiguantopa Inga.

La familia Chiguantopa Inga provenía de la panaca de Lloque Yupanqui. Cuando el año 1812 murió Martina de la Paz Chihuantupa Coronilla Pumayalli Ñusta, cacica y gober-

nadora del pueblo de Colquepata y sus ayllus en el partido de Paucartambo, dejó en su testamento la descripción de “doce retratos de los Yngas de la familia que estuvieron en el Corredor”.

Estos cuadros pasaron al Museo Inka de Cusco, y entre ellos se encuentra el cuadro de Luis Chiguantopa (figura 1), Alonso Chiguantopa Inga (figura 2) y Marcos Chiguantopa Inga (figura 3). Estos dos últimos fueron caciques y principales de Guallabamba y Colquepata. Su indumentaria es muestra del sincretismo entre las culturas andina y europea, en el que también destacan los elementos cristianos. Muchos se sorprenderían al ver un cuadro de un andino portando su

Figura 3
Marcos Chiguantopa Inga (Museo Inka de Cusco)



investidura de Inca y al mismo tiempo sosteniendo una Cruz cristiana. Esta sorpresa es producto de la poca relevancia que le ha dado la historia tradicional a los incas católicos, aquellos descendientes incas que portaron el título de sus antepasados y fueron fervientes cristianos, a pesar de que ellos son la clave para entender el proceso de evangelización en tierras peruanas, el sincretismo religioso y el profundo arraigo que tiene la religión católica en el Perú hasta el día de hoy.

Durante el periodo virreinal, los nobles incas cooperaron con la administración española ocupando puestos políticos de relevancia, como alcaldías y alferazgos. Los caciques también mantuvieron su posición de poder, sirviendo como nexo entre el Estado virreinal y el pueblo indígena; estos puestos eran hereditarios. A cambio, la corona española les reservó privilegios dignos de la alta nobleza europea. El rey mismo los llamaba “hermanos y altezas”, a los descendientes directos del inca les concedió la condecoración del Toisón de Oro a perpetuidad, el derecho de presidir tribunales, concejos y cabildos en todos sus reinos, y a mantener una pequeña corte con sus consejeros (Allende, 1986). En resumen, los descendientes del inca podían hablar a nombre del Rey de España, tanto en América como en Europa.

Bibliografía:

Alexandrovich, E. K. (2017). 'Reconciliación' entre los españoles y la nobleza inca en Cuzco a través de una perspectiva heráldica. *Emblemata. Revista Aragonesa de Emblemática*, 23, 13-31.

Amado Gonzales, D. (2017). *El estandarte real y la mascapaycha: historia de una institución inca colonial*. Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo Editorial.

de Cadenas Allende, F. (1963). *Nobiliaria extranjera*. Ediciones Hidalguia.

Gonzales, D. A. (2019). Don Melchor Carlos Inca, el inca mestizo: Los Carlos Inca en el siglo XVII de la sociedad cuzqueña. *allpanchis*, 46(83/84), 39-67.

Garrett, D. T., Díaz, F. D. P., Espinosa, C., Mangan, J. E., Lanata, X. R., Santos-Granero, F., ... & Williams, S. R. (2003). Los Incas borbónicos: la élite indígena cuzqueña en vísperas de Tupac Amaru. *Revista andina*, 36, 9-63.

MacCormack, S. (2004). ¿Inca o español? Las identidades de Paullu Topa Inca. *Boletín de arqueología PUCP*, (8), 99-109.

Merluzzi, M. (2014). La monarquia espanyola i els darrers inques. Una frontera interior? *Manuscripts: revista d'història moderna*, (32), 61-84.

El indigenismo: herramienta para destruir naciones

EN EL SIGUIENTE ARTÍCULO SE ANALIZA EL PAPEL DEL “NEOINDIGENISMO” QUE DESARROLLAN LAS CORRIENTES COMUNISTAS AGRUPADAS EN EL FORO DE SAO PAULO COMO UNA MANERA DE ENFRENTAR A HISPANOAMÉRICA CON EL MUNDO OCCIDENTAL.

Por: Carlos Sánchez Berzain. Bolivia.
Abogado y politólogo. Director del Interamerican Institute for Democracy.

Cuando la derrota del comunismo por el capitalismo quedó certificada con la disolución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), una derrota iniciada en marzo de 1990, la dictadura de Cuba creó el Foro de Sao Paulo, en julio 1990, con el propósito de “multiplicar los ejes de confrontación” en la lucha contra lo que denominan “el imperialismo capitalista”. De esta forma el castrismo del siglo XX, recreado en socialismo del siglo XXI o castrochavismo, exacerbó la confrontación utilizando el indigenismo, el racismo, el feminismo, el regionalismo y toda forma de divisionismo, y promoviendo el reemplazo de los “estados nacionales” con “estados plurinacionales”.

La nación es “la comunidad social de una organización política común y un territorio y órganos de gobierno propios, que es soberana e independiente políticamente de otras comunidades”. El concepto sociológico del Estado es “el conjunto de personas de un mismo origen étnico que comparten vínculos históricos, culturales, religiosos y que tienen conciencia de pertenecer a un mismo pueblo o comunidad, que generalmente hablan el mismo idioma y comparten un territorio”.

Desde su formación independiente, aproximadamente hace doscientos años, los estados de América Latina han

En Latinoamérica hay una identidad de las naciones con rasgos comunes; pero también con características específicas relativas al tipo de mestizaje sobre el que se han constituido.

construido sus naciones y se han fortalecido como “una nación”. Todos los han hecho basándose en el mestizaje de sus habitantes, mezclas raciales de indígenas originarios con conquistadores españoles, portugueses y migraciones europeas, asiáticas y de otras latitudes. Las naciones de la región han dado lugar a la identidad “latinoamericana” fundada en la cultura común.

La cultura, que es uno de los elementos constitutivos de la nación, es “el conjunto de modos de vida, costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época, grupo social”; es “el conjunto de manifestaciones en que se expresa la vida tradicional de un pueblo”.

No hay duda de que en Latinoamérica hay una identidad de las naciones –como la brasileña, argentina, chilena, peruana, boliviana, ecuatoriana, mexicana–, de todas en cada uno de sus estados, con rasgos comunes –como el idioma, la religión y las costumbres–, pero también con características específicas relativas al tipo de mestizaje sobre el que se ha constituido cada una de estas naciones. Pero lo fundamental resulta el concepto de nación como unidad en torno al Estado al que sustenta como sociedad.

El año 1999 en las Américas había una sola dictadura, la de Fidel Castro en Cuba, conocida como “castrista”, que ago-

nizaba en su denominado periodo especial por la falta del sustento que le brindó la extinta URSS. Se esperaba que el siglo XXI fuera el de la “democracia plena” en la región, pues la desaparición de la dictadura de Cuba era solo cuestión de tiempo; pero llegó a la presidencia de Venezuela Hugo Chávez y de inmediato salvó a la dictadura de Cuba: se asoció con ella, le entregó recursos (petróleo y luego a Venezuela entera), dando lugar a la recreación y expansión del castrismo en el siglo XXI como movimiento populista bolivariano, socialismo del siglo XXI, hoy castrochavismo.

La sociedad Chávez-Castro, que dio lugar al salvataje del castrismo y su expansión en el siglo XXI, se produjo rápidamente en el marco de la confusión y abandono de la región por los Estados Unidos, cuya política interna y exterior fueron severamente afectadas a partir de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 que motivaron la guerra contra el terrorismo, con todos sus componentes geopolíticos de alcance mundial.

La realidad objetiva muestra que hoy hay “dos Américas”, una democrática y la otra dictatorial, y que el eje de confrontación no es ideológico ni programático; es entre la libertad y la delincuencia organizada transnacional representada por un grupo de dictaduras que han convertido sus países en narcoestados, sus constituciones en estatutos de impunidad para el crimen, sus jueces en verdugos y sus pueblos en objetos de sumisión y miseria.

La América dictatorial acaba de ampliar su ámbito de influencia con Pedro Castillo como Presidente de Perú, donde de inmediato han puesto en acción el plan castrochavista ya ejecutado en Venezuela, Bolivia y Nicaragua e incentivado aún sin éxito en Ecuador, Colombia, Chile y más. Están buscando destruir la nación peruana para convertirla en estado plurinacional, suplantando la identidad nacional por la confrontación racial e indigenista que falsifica la historia para crear dependencia y liquidar los derechos humanos.

El indigenismo se define como el “estudio de los caracteres y la cultura de los pueblos indígenas que habitan en los territorios colonizados por las naciones europeas”, y un “movimiento político y cultural que defiende la identidad política y social y el valor de la cultura amerindia”. Sin embargo, ha sido asimilado por la construcción de las naciones de cada uno de los estados latinoamericanos en el marco de la “unidad nacional en la diversidad”. El Foro de Sao Paulo y el socialismo del siglo XXI han convertido el indigenismo en el medio para dividir las naciones latinoamericanas y debilitarlas con fines de dominación.

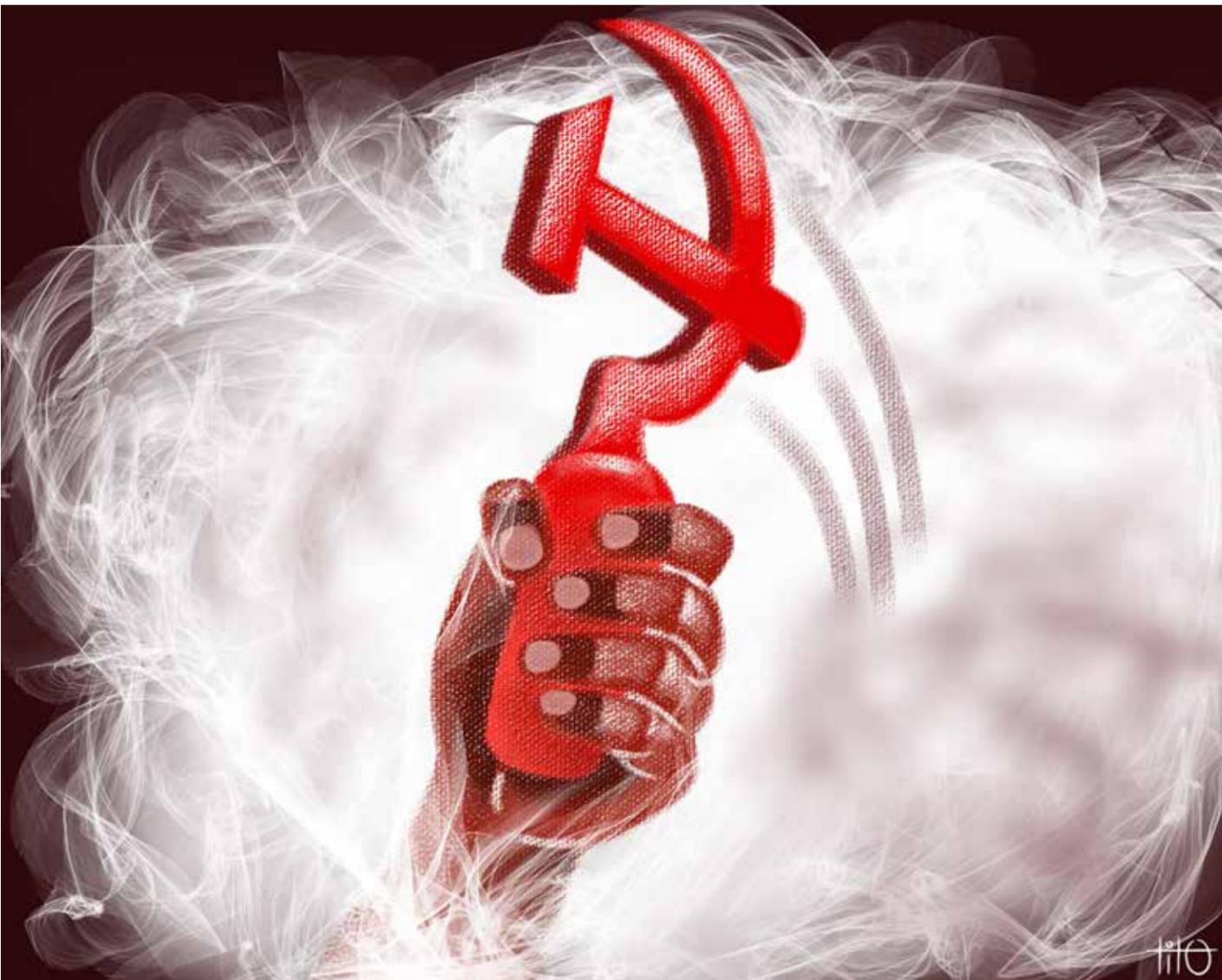
“

En Bolivia, apelando al indigenismo, han impuesto por la fuerza y el crimen, una constitución que denominan del “estado plurinacional” para suplantarse a la “nación boliviana”.

En Bolivia, apelando a este indigenismo, han impuesto por la fuerza y el crimen, con falsificaciones y masacres una constitución que denominan del “estado plurinacional” para suplantarse a la “nación boliviana” con 36 nacionalidades que ya están integradas a la nación de la República de Bolivia, a la que también tienen cautiva. El resultado es que ahora mismo los indígenas verdaderos, bolivianos libres unidos en la diversidad, marchan para defender sus tierras contra el avasallamiento del narcotráfico que ha tomado el control del Estado y que busca destruirlos para someter el país como una colonia más del castrismo del siglo XXI.

La repetición de la infamia que ejecutan en Bolivia es el proyecto para el Perú. El que no lo entienda, lo resista y lo derrote sufrirá las consecuencias. El castrochavismo quiere un Perú como estado plurinacional, destruyendo la “nación peruana”.

No se trata de una lucha ideológica ni partidista, es el crimen organizado transnacional que quiere incorporar a Perú como el quinto narcoestado de la región y que lo hace falsificando una narrativa “indigenista” que nada tiene que ver con un Perú en el que, de acuerdo al censo de 2017, el 60% de la población se considera mestizo, el 80% vive en zonas urbanas, el 82% tiene como primera lengua el castellano y el 14% el quechua, en el que más del 70% se considera de centro y la clase media supera el 50%. Un Perú en el que el 69% está de acuerdo con la economía de libre mercado, 67% no quieren control de precios y 78% quieren mantener los tratados de libre comercio.



Fidel Castro y la manipulación de la historia

HOY LA LEYENDA NEGRA EN CONTRA DE ESPAÑA Y OCCIDENTE ES CULTIVADA POR LAS CORRIENTES COMUNISTAS MÁS ORTODOXAS. FIDEL CASTRO, EL DICTADOR CUBANO, FUE UNO DE LOS PRIMEROS EN RECOGER ESTA NARRATIVA, UTILIZADA EN CONTRA DE LA HISPANIDAD.

Por: Pedro Corzo. Cuba.
Periodista y escritor.

La hispanidad es una olla gigantesca de pueblos que se viene adobando desde hace cientos de años. Es un ajiaco singular en el que las partes conservan su identidad esencial sin menoscabo de los aportes e influencias que los distintos ingredientes en cocción tributan.

El legado sincrético, biológico y cultural, acumulado en todos y cada uno de los pueblos iberoamericanos, incluida la Península Ibérica, es una realidad innegable. Son huellas muy difíciles de extirpar, por mucha voluntad que pongan en el empeño los "refundadores" de oficio con su estrategia de tierra e ilustración arrasadas.

El descubrimiento y la conquista recogen numerosas injusticias, pero los actos de aquellos ejecutores no difieren mucho del de sus pares contemporáneos en otras latitudes, incluyendo la propia Europa. El revisionismo de los refundadores



“

Atacar de forma sistemática el legado de España y la influencia de Estados Unidos en el hemisferio era algo esencial para el proyecto castrista.

y de los reconstructores sociales encubre una propuesta política-ideológica, más que la búsqueda de la justicia histórica.

El concepto de lo “justo” ha evolucionado favorablemente a través de los siglos. Y aunque aquella fue una devastadora realidad para los pueblos originarios del hemisferio, no debemos perder la perspectiva que los hechos ocurrieron en contextos éticos diferentes y que los operadores de la “refundación”, la vituperan con el objetivo de favorecer la demolición de los legados que disfrutamos en el presente. Un esfuerzo para dejarnos sin fundamentos éticos y culturales y así instaurar su nuevo orden.

Los crímenes realizados durante la conquista y el virreinato no deben ser justificados, pero tampoco magnificados, por quienes procuran desestabilizar los cimientos de nuestras sociedades. Una práctica habitual de los marxistas y de las diferentes fórmulas de populismo que enfrentamos en la modernidad es la tendencia a desacreditar las repúblicas calificándolas de entidades neocoloniales, como si las gestas independentistas no se hubieran concretado y los estados emergentes fueran extensión del pasado.

Por otra parte, es apropiado reconocer que el virreinato español fue más inclusivo que el británico o el francés. Los conquistadores se mezclaron con los nativos, los esclavos que importaban y los criollos; los nacidos en el virreinato, fueron ascendiendo social y políticamente.

La Revolución Cubana y su máximo intérprete, Fidel Castro, no fueron los primeros en promover una visión devastadora de la incursión española en el continente. Pero si están entre los que mejor estructuraron esa campaña, puesto que aun antes del triunfo de la insurrección, Castro y su Revolución tenían

una concepción imperialista de su destino. De ahí la necesidad de denigrar de la manera más rancia posible cualquier proyección imperial pasada, España, o presente, Estados Unidos.

Atacar de forma sistemática el legado de España y la influencia de Estados Unidos en el hemisferio era esencial para el proyecto castrista. Como promotores de un nuevo orden institucional y cultural, precisaban de una catástrofe a fondo en la que los fundamentos de la Nación^[1] fueran renovados radicalmente, mientras identificaban nuevos enemigos capitales y creaban eventos bases de comportamientos institucionales.

Una parte importante de ese entramado castrista fue estructurar una falsa epopeya guerrillera^[2], con la participación de héroes epónimos adosados a una impronta religiosa que facilitaría la formación posterior de una iglesia nacional^[3] que aportara a la gestión gubernamental una pátina mística. Gracias a ello se aparenta que los funcionarios actuaban como inspirados por una fuerza superior; sin exceptuar a Fidel Castro, el más místico de todos estos caciques, aunque en el documental que le hizo Oliver Stone, *Comandante*, Castro afirmara: “Nunca he sido un creyente”.

Hay suficientes elementos para conceptuar que Fidel Castro mentía a medias cuando afirmó el 13 de enero de 1959 que no era comunista para reconocer que estaba dispuesto a recurrir a todos los mecanismos del marxismo y de cualquier otra ideología que le facilitara su visión totalitaria del poder. El marxismo fue para Castro un mero instrumento, no una ideología con la que estuviera identificado, porque nunca fue creyente de nada, salvo de sí mismo.

Las propuestas refundacionales son encubiertas con críticas severas a todo lo establecido, particularmente a la

conquista y sus gestores. Las diatribas contra lo existente y a los que se opongan a la nueva propuesta tienen un fuerte contenido religioso, como se apreciaba en la participación de Evo Morales en los ritos indígenas. También en Hugo Chávez, un fervoroso creyente del espiritismo y la santería; y hasta en Nicolás Maduro cuando dijo en plena campaña electoral que “Chávez se le había aparecido en forma de pajarito chiquitico”^[4].

Fidel Castro incorporó a su práctica de gobierno una propuesta relacionada con la victimización de las razas por parte de la cultura virreinal y luego la republicana. Un arma más en el arsenal de diatribas que sumó a la sempiterna lucha de clases, la artillería central del marxismo. En el caso cubano la campaña se instrumentó a favor de los negros, difundiendo la certeza de que los problemas raciales en Cuba y la discriminación eran prácticas de Estado.

Años después los émulos de Fidel Castro, particularmente Evo Morales y sus asociados, incorporaron la noción del “estado plurinacional”^[5], a su arsenal de combate para destruir la concepción de nación vigente y a su vez atacar este concepto básico legado por el virreinato y fortalecido durante las guerras de independencia del hemisferio.

Se podría decir que Castro y los asociados a Morales fueron los precursores de ciertas modalidades de lucha contra lo establecido. Por ejemplo, la teoría crítica de la raza^[6], en boga en Estados Unidos, también contempla la historia a través de la óptica del racismo. Otros movimientos sociales de carácter supuestamente reivindicativos “sexista”, tienen como objetivo promover la inconformidad social para facilitar la implementación de sus propuestas.

No debemos pasar por alto que Castro y la Revolución solo promovieron esta demonización, califiquémosla de científica, del legado español, después de haber iniciado la experiencia cubana. En la Isla se atacó sistemáticamente la Iglesia Católica, herencia esencial del virreinato, disminuyendo prácticamente a cero su influencia. Se impulsaron las diferencias raciales mientras se vituperaba, por los medios y en las escuelas, a los patricios que iniciaron el proceso independentista. También se denostó la gesta independentista y se acometió la demolición de la República.

Es innegable que las propuestas de reconstrucción ética, de lenguaje, de conducta y de pensamiento, sumadas a la desconstrucción del pasado (en el que la criminalización de lo acontecido es la variante más presente), están asociadas a corrientes políticas que procuran cambios radicales en los conceptos y el conocimiento. Estas personas y entidades buscan un cambio estructural, de raíz; ese fue el objetivo de la Revolución Cubana y Fidel Castro. Debemos tener presente que el objetivo de estas propuestas no es la denuncia en sí misma, sino edificar –en base a un nuevo imaginario– un mundo que se ajuste a sus patrones.

Por otra parte, hay que decir que, aunque Fidel Castro fue uno de los constructores más conspicuos de la Leyenda Negra de la conquista española en Las Américas, fue también el más hispanófilo de todos estos refundadores. Así lo atestiguan estas palabras suyas ante una invitación del rey Juan Carlos en 1978: “Yo quiero ir pronto a España. ¿Cuándo es buena época? ¿Cuándo está más bonita?”. Por su parte España siempre consideró a Castro un amigo, particularmente durante la dictadura de Francisco Franco.

- [1] El concepto de Nación fue atacado en Cuba con todos los recursos del régimen totalitario. La casi totalidad de los Patricios, a excepción de José Martí fueron denigrados y en el mejor de los casos cuestionados los motivos que le impulsaron a la gesta independentista, algo similar ocurrió con el periodo republicano.
- [2] El Movimiento 26 de Julio y el Régimen recrearon el proceso insurreccional contra la dictadura de Fulgencio Batista magnificando sus actuaciones promoviendo una epopeya bélica muy distante de lo modesto que fue el conflicto militar.
- [3] En los primeros meses de la victoria insurreccional se intentó crear un movimiento sustitutivo de la Iglesia Católica que se llamó “Con la Cruz y con la Patria”. Dos católicos revolucionarios,

- Antonio Pruna y Lula Horstman, fueron los abanderados de este proyecto que fracasó y que contó con la asesoría del padre German Lance. Dos años después, 1961, fueron expulsados de Cuba 136 sacerdotes y se intensificó una persecución y discriminación silenciosa contra los católicos y los religiosos en general.
- [4] Nicolás Maduro. Abril 3 del 2013.
- [5] Una propuesta que consiste en “varias naciones unidas en un solo estado”. Este concepto viabiliza la atomización del Estado y la contraposición de los derechos de las partes.
- [6] Teoría Crítica de la Raza. Una propuesta que se centra en que el racismo es sistémico en las instituciones de Estados Unidos y que funcionan para mantener el dominio de los blancos en la sociedad.

¿Celebrar el 12 de octubre?

ESTE DISCURSO COMENZÓ A FRAGUARSE DESDE LOS LLAMADOS "PUEBLOS ORIGINARIOS", Y FUE RÁPIDAMENTE CAPTURADO POR LAS CORRIENTES DOCTRINALES DE IZQUIERDA, QUE LO DOTARON DE UNA ESTRUCTURA DIALÉCTICO-NEOMARXISTA (HOMBRE NO BLANCO, PAGANO Y CULTURALMENTE DÉBIL, QUE ENTABLA UNA LUCHA ÉPICA PARA LIBERARSE DEL HOMBRE BLANCO, CATÓLICO, COLONIZADOR).

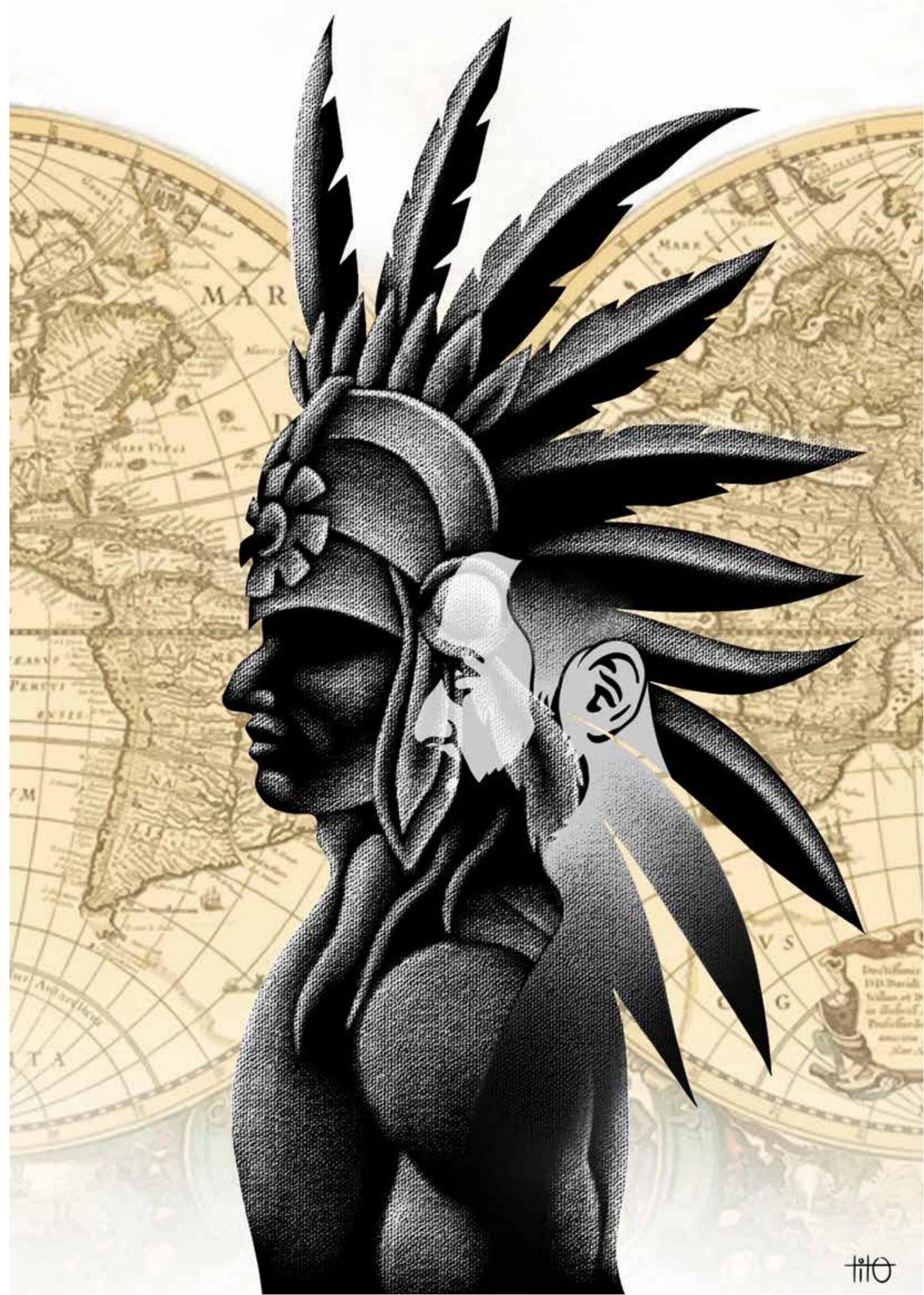
Por: Raúl Madrid. Chile.
Docente de la Universidad Pontificia Católica de Chile.

Hace unos días se recordó en el mundo hispánico la gesta del descubrimiento de América en 1492. La festividad era conocida en España –desde 1958 y hasta hace poco– como el Día de la Hispanidad, aludiendo a su papel en la configuración de los pueblos transoceánicos de esa estirpe. En nuestro continente tomaba el nombre del Día de la Raza (Española), que era por lo demás la denominación original desde la creación de la efeméride en 1913, por el ministro español Faustino Rodríguez-San Pedro. Su objetivo era fomentar la unión de los países iberoamericanos en torno a bienes e ideales comunes.

Hoy parece quedar poco de este espíritu. Las noticias, reportajes y declaraciones públicas destacan los aspectos más negativos del descubrimiento y conquista de los nuevos territorios. Se denuncia que las potencias europeas ha-

bían reducido y sometido a los indígenas, presididos por una insaciable sed de dominación y codicia. Este discurso comenzó a fraguarse desde los así llamados "pueblos originarios", y fue rápidamente capturado por las corrientes doctrinales de izquierda, que lo dotaron de una estructura dialéctico-neomarxista (hombre no blanco, pagano y culturalmente débil, que entabla una lucha épica para liberarse de hombre blanco, católico, colonizador). Este mensaje prosperó a partir de una impresionante difusión por la red, una "narración" académicamente bien organizada, y la posibilidad de obtener prebendas a causa del supuesto despojo económico y cultural, que pronto hizo descender la cuestión hacia ribetes más prácticos.

Aquí, una muestra del discurso: "Desgraciadamente, celebramos a un hombre que fue brutal con los nativos e hizo lo



que fuera necesario para violar las tierras de los nativos. Decimos que 'Colón descubrió', pero esa palabra 'descubrió' no es exacta. Ya había gente viviendo en esas tierras. Hombres, mujeres y niños que hacían su vida allí hasta que se vieron obligados a acatar el dominio de España, morir o convertirse en esclavos (Courtney Lynn, "Why do we still celebrate Columbus Day?", *Liberal America*, 2013).

Si ponemos un poco de atención, sin embargo, la letanía tiene un defecto fundamental. En esta historia tan bien contada por la corrección política y otras estrategias de dominación del lenguaje, los "pueblos indígenas" aparecen como una realidad abstracta, perfectamente encapsulada que ha viajado en el tiempo desde los siglos XV y XVI hasta nuestros días, y ha descendido intacta en nuestro tiempo para reclamar, como la bella durmiente, sus posesiones, territorios, y sobre todo ese lucrativo estatus moral de víctima que tan a gusto se luce.

Lamentablemente, esto no se corresponde con la realidad. Los indígenas de la colonización española se mezclaron con los europeos, desde el Río Grande hasta la Patagonia. Esta mixtura no solo tuvo un contenido biológico, perfectamente demostrable con unas cuantas pruebas de laboratorio, sino fundamentalmente cultural. En este último aspecto destacan dos detalles que representan un serio dolor de cabeza para los apóstoles de las reivindicaciones contemporáneas: el religioso y el lingüístico. Los habitantes de la América hispana se convirtieron a la fe católica. Esto, a pesar de que al mundo contemporáneo le cueste comprenderlo, es un cambio cualitativo radical operado en la existencia del bautizado: el surgimiento del hombre nuevo, la gracia santificante y las gracias actuales. Con este solo acontecimiento ya no se puede hablar de una comunidad indígena pagana, virginal, suspendida en el espacio histórico.

Pero hay más. Es sabido que la cosmovisión del mundo se encuentra influida por la lengua. El idioma forma con las personas una unidad que les otorga sentido a ellas mismas. Esa unidad no proviene de una consistencia lógica interna, sino de una posición también existencial. No se trata de un repertorio de palabras con absoluta correspondencia con la realidad: el mundo se clasifica después de que los hombres entregan su visión de él, y esto ocurre a través del lenguaje (Martín). Tal individualidad indesmentible se hace patética-

“

En esta historia tan bien contada por la corrección política y otras estrategias de dominación del lenguaje, los "pueblos indígenas" aparecen como una realidad abstracta, perfectamente encapsulada que ha viajado en el tiempo desde los siglos XV y XVI hasta nuestros días.

mente evidente en las voces de algunos mandatarios que exigen excusas de España, pronunciando el pedido en español.

Bastaría con estos dos elementos culturales (hay muchos más, en sentido material), para comprender que el reclamo de una identidad pasteurizada de indígena primigenio no es posible, es un "constructo" ideológico destinado a obtener resultados políticos. Las poblaciones de América, de cada país, son una realidad diferente tanto de la española como de la aborígen, tienen una identidad formada a la vera de la historia y de la sorprendente configuración de su propia conciencia nacional, con productos culturales significativos e insustituibles (como todo producto cultural). No cabe pues retrotraer su idealización a un supuesto estado de naturaleza, y menos para convertirlo en reivindicaciones prácticas, destinadas obviamente a sumar réditos políticos.

Visto así, el 12 de octubre (llámese como se llame) es indudablemente una fecha para celebrar el nacimiento de pueblos reales, que existen en su espléndido mestizaje. Y no de entelequias artificiales configuradas en la línea de las grandes abstracciones a las que nos acostumbró el racionalismo de la Ilustración.

La Constitución de Cádiz, la política y la hispanidad

EN ESTE ARTÍCULO SE ANALIZAN LAS INFLUENCIAS CONSTITUCIONALES EN HISPANOAMÉRICA DE LA CONSTITUCIÓN DE CÁDIZ. HASTA EN LOS MOMENTOS DE RUPTURA CON LA METRÓPOLI, Y PESE A LA INFLUENCIA DE LA LEYENDA NEGRA, LA HISPANIDAD TAMBIÉN TUVO UN PAPEL FUNDAMENTAL EN EL REPUBLICANISMO DE LAS NACIONES INDEPENDIENTES.

Por: Carlos Hakansson. Perú.
Docente universitario y titular de la Cátedra Jean Monnet de Derecho Constitucional Europeo (Departamento de Educación y Cultura de la Comisión Europea).

El encargo para redactar un artículo sobre la hispanidad me invita a tratarlo desde mi especialidad: el derecho constitucional. Una forma de comprender la Constitución es reconocerla como la consecuencia de un proceso tanto histórico como cultural. Si bien la difusión del constitucionalismo en la América española fue de influencia francesa, pero se hizo a través del pensamiento, discusión, redacción de la Constitución de Cádiz de 1812: la Carta Magna europea que reconoció la representación parlamentaria de los virreinos en las Cortes Generales. Es probable que la previa experiencia estadounidense, que detonó la redacción de su Declaración de Independencia (1776), demandando la

histórica frase "*no taxation without representation*", estuviera presente entre los principales argumentos para evitar lo ocurrido en el Reino Unido. La historia tuvo la última palabra.

El efecto cultural de la difusión constitucionalista en América española fue la ruta política que también dejó impresos algunos rasgos de la hispanidad. En ese sentido, resulta interesante que los hispanos que se trasladaron a vivir al continente americano sean más conscientes sobre lo que significa ser español que aquellos que permanecieron en la península, soltando de vez en cuando la frase "más se perdió en Cuba" y a veces mirándonos por encima del hombro. Te-

El reciente protagonismo de los denominados pueblos originarios, que no reconoce un mestizaje producto de cuatrocientos años de virreinato, resulta una propuesta antihistórica, promotora de confusión y errores de interpretación cultural, al servicio de intereses políticos.

nemos la oportunidad de conocer el paso español, de norte a sur, desde parte de los Estados Unidos y México hasta la Tierra del fuego, veinte millones de kilómetros cuadrados a fines del siglo XVII. Y también de identificar un conjunto de denominadores comunes culturales, como la lengua, una religión mayoritariamente común, frases populares que compartimos con algunas variantes que las enriquecen, algunos rasgos del temperamento más andaluz, la influencia de la indumentaria en nuestras tradiciones y la más valiosa de todas y que distingue el encuentro de dos mundos: el mestizaje. Todo ello es el resultado de la configuración de una nación, palabra que viene de nacer, y patria, que viene de *pater* (padre), que ha construido nuestra propia identidad.

La influencia gaditana más palpable se encuentra en el artículo segundo cuando declara a la nación española como "libre e independiente, y no es ni puede ser el patrimonio de ninguna familia ni persona". Una declaración que ponía fin a la monarquía absoluta, cerrando un pacto con los pueblos americanos, donde el rey se convertía por obligación en el titular de una monarquía constitucionalizada. Para observar el efecto de Cádiz en los países iberoamericanos comencemos por el caso argentino que, a pesar que su proceso emancipador se inicia casi al mismo tiempo que las Cortes, su aporte a la idea de la soberanía es palpable en su Constitución de 1826; por ejemplo, la referencia a la Nación argentina, así como su condición de Estado libre e independiente de toda dominación extranjera ya sea por una persona o familia. Similar texto se recoge en las constitucionales históricas de Bolivia, Chile, Ecuador, Uruguay y Venezuela durante el siglo XIX.

La Constitución de Cádiz también influirá decisivamente en las constituciones peruanas del siglo XIX e inicios del XX sobre la configuración de la soberanía. Si bien hoy en el Estado peruano se reconoce la soberanía popular, las constituciones históricas de 1823, 1856, 1860, 1867 y 1920 reconocieron la soberanía nacional también bajo influencia de los constituyentes de Cádiz. En Venezuela, sin dejar de lado una que otra referencia a la soberanía nacional en las constituciones del siglo XX, como la de 1925, las cartas de ese periodo reconocen la soberanía popular; por ejemplo, las constituciones de 1929, 1936 e inclusive en la de 1999, la cual, además establece que es intransferible. En Río de la

Plata, los textos constitucionales en 1819 y 1826 se inspiraron en Cádiz. En Norteamérica, José María Morelos elaboró la Constitución mexicana de 1814 a semejanza de la gaditana; sin embargo, entre 1810 y 1828 los vientos liberales que soplaron en Cádiz nutrieron el ambiente ideológico para el nuevo Estado mexicano.

En conclusión, si el concepto de nación y soberanía quedaba expresado como símbolo de independencia e individualización de los estados nacientes, todos comparten la herencia de la hispanidad. Era imposible volver a una etapa previrreinal, así que se convirtieron en nuevas comunidades políticas fundadas en una historia, cultura y valores compartidos. Por eso, el reciente protagonismo de los denominados pueblos originarios, que no reconoce un mestizaje producto de cuatrocientos años de virreinato, resulta una propuesta antihistórica, promotora de confusión y errores de interpretación cultural con el propósito de deconstruirla para sustituirla por una ideologizada y al servicio de sus intereses políticos en la región.

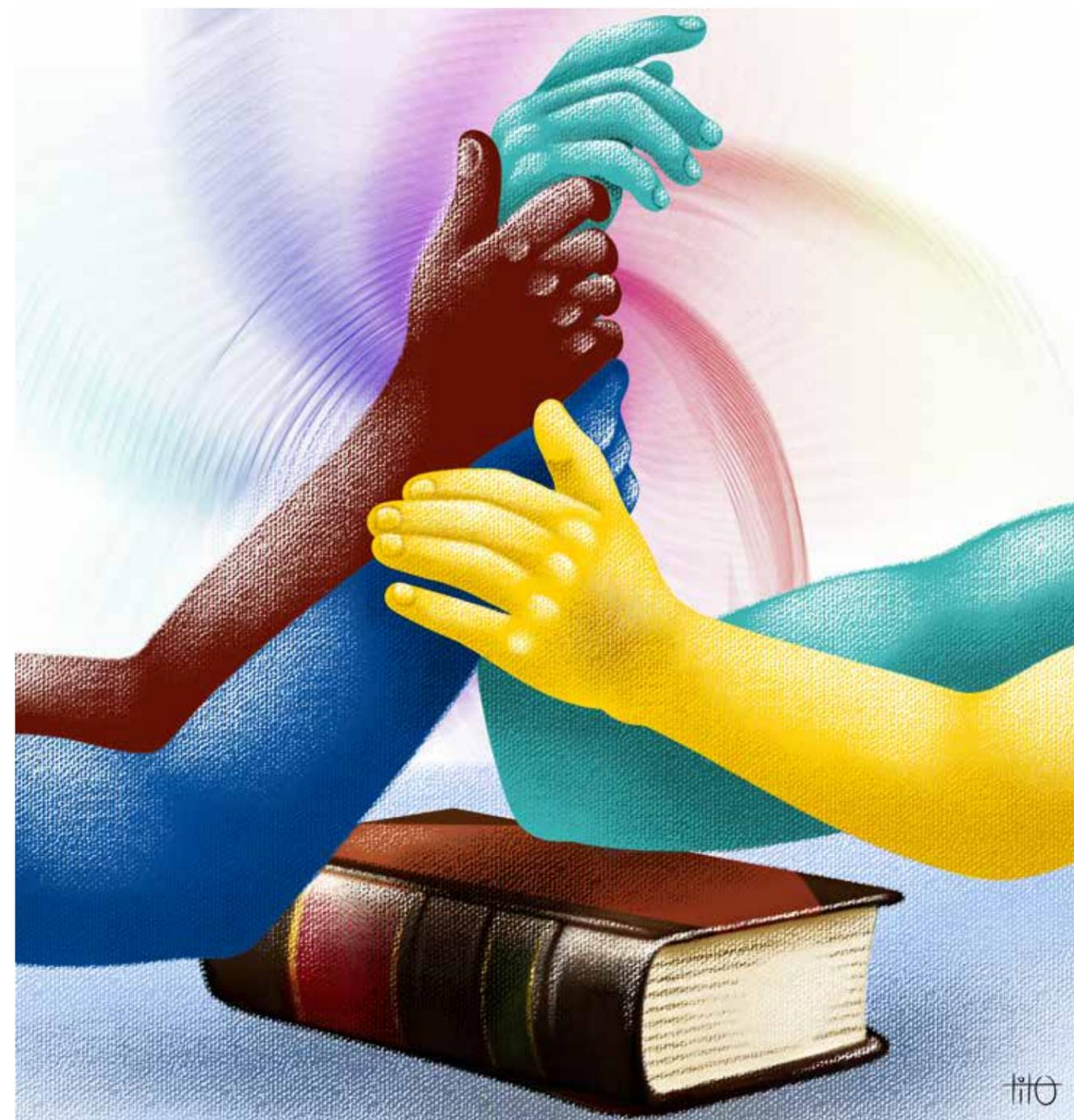
Con el paso del tiempo las constituciones iberoamericanas fueron cambiando, respetando rasgos comunes (repúblicas, presidencialismos, amplios catálogos de derechos, tratados internacionales y órganos supranacionales para su protección), pero su duración dependió de la madurez de cada clase política. En ese sentido, las constituciones de Argentina de 1853/60 con la reforma total de 1994 y la Constitución mexicana de 1917, ambas "ancladas" en episodios históricos reconocidos y relevantes, mantuvieron en el tiempo su identificación como repúblicas democráticas e independientes. Para Argentina se trataba de la Constitución federal y liberal de Juan Bautista Alberdi, redactada en tiempos de la que fuera la potencia regional comparable en su día con Canadá; para México, fue el resultado de la Revolución de Zapata contra el largo régimen dictatorial de Porfirio Díaz. En ambos casos, se trata de constituciones que formalmente han cambiado muchas veces, pero siguen siendo casi un símbolo patrio.

La Constitución gaditana de 1812 no tuvo tiempo para un desarrollo jurisprudencial, como sí fue el caso de la estadounidense de 1787; pero un elemento a tener en cuenta fue la expansión del ideario liberal, influenciado por las revolucio-

nes norteamericana y francesa del siglo XVIII. La Constitución de Cádiz aportó su aplicación como los principios ideológicos de las nuevas repúblicas. Por eso, su influjo se notó gracias a los representantes que también participaron en su redacción; su aporte desde la experiencia fue vital para el diseño de las principales instituciones constitucionales que conocemos.

La Constitución de Cádiz volcada en lenguaje jurídico resultaba de difícil comprensión para el mundo iberoamerica-

no de la época, pues trasladar los contenidos ideológicos de una realidad a otra, bajo distintas raíces históricas, sociales y políticas (francesas y anglosajonas), era pretender el arraigo de la Constitución de 1812 sin los antecedentes, consecuencias y acciones posteriores, tras el estallido de la Revolución francesa como la primera abolición del régimen monárquico en la Europa continental. Sin embargo, resulta una exigencia de justicia reconocerla como el camino político que selló los rasgos de nuestra hispanidad.



Un país sin memoria es un país sin futuro (I)

EL PERÚ FORJÓ SU IDENTIDAD EN EL GRANDIOSO MESTIZAJE ENTRE LA HISPANIDAD Y NUESTRO PASADO INCA, COMO DOS VARIABLES QUE AHORA YA SON INSEPARABLES. SIN EMBARGO, CADA VEZ VEMOS CON MÁS ASOMBRO QUE RENEGAMOS DE UNA Y PRETENDEMOS ENSALZAR LA OTRA. CON ABSOLUTA IGNORANCIA, PUES AL DÍA DE HOY NO SOMOS DE MANERA PURA NI UNO NI OTRO.

Por: Giuliana Calambrogio Correa de Balmaceda. Perú.
Profesor universitaria y Magíster por la Universidad de Navarra .

Sin lugar a dudas, un país sin memoria es un país sin futuro. Esta máxima, popularmente conocida, no siempre se ha entendido en sus reales dimensiones, porque la idea de tener memoria implica saber sobre nuestro pasado, conocer nuestra historia –la verdadera–, sobre todo para poder apreciar los aciertos y también para evitar repetir los errores del pasado. Y para proyectarnos a un futuro próspero, a un futuro de crecimiento sostenido porque ahora sí se acierta en la toma de decisiones.

Conocer nuestra historia sobre todo nos pone en posición de aprender a valorar los hechos pasados que son realmente contrastables (no los opinables ni los que debieron acontecer) para evitar caer en aquellas falacias que en su momento trajeron dificultades para el desarrollo, algo que normalmen-

te ocurre con las mentiras. Y como toda mentira bien vendida siempre ha tenido una apariencia de bondad, una apariencia de mejoría, muchos de nuestros jóvenes idealistas, por desconocimiento, reviven esas viejas mentiras. Estos jóvenes solo se quedan en el dato histórico, pero no saben valorarlo en el contexto en que ocurrió. Y sin una actitud crítica no se entiende cómo se llegó a determinadas situaciones.

Estas líneas tienen como propósito reflexionar sobre quiénes somos como peruanos con ascendencia hispana. Y eso solo es posible si sabemos qué caminos hemos recorrido como nación, para luego convertirnos en un país distinto. Un Perú que forjó su identidad en el grandioso mestizaje entre la hispanidad y nuestro pasado inca, como dos variables que ahora ya son inseparables. Sin embargo, cada vez vemos con

más asombro que renegamos de una y pretendemos ensalzar la otra. Con absoluta ignorancia, pues al día de hoy no somos de manera pura, ni uno ni otro.

¿Les suena *el que no tiene de inga tiene de mandinga?* Y es que no es solo una frase para la ocasión. Todos somos mestizos, como diría José Antonio del Busto Duthurburu (*El mestizaje en el Perú*). Y esa realidad es mucho más rica que las situaciones anteriores. Ser peruano es sinónimo de esa mixtura maravillosa de razas y de culturas que nos dan la identidad que ahora tenemos.

Existe una tendencia a creer en la reivindicación indigenista en detrimento de los aportes que la hispanidad realizó en nuestra identidad. Se presentan como verdad muchas leyendas negras que tienen poco o nulo sustento histórico, con frases como “los españoles vinieron a aniquilar la cultura originaria”, o que “los indígenas fueron brutalmente asesinados a manos de los conquistadores hasta casi desaparecer”. Y hasta se sostiene sin el más mínimo decoro que en el incanato se vivía casi como en el jardín del Edén, y que todos disfrutaban de una sociedad pacífica y colaborativa.

Estas afirmaciones no solo son expresiones erróneas, sino que lindan con la mentira descarada cuando se contrastan con las fuentes históricas reales. Bastaría un pequeño repaso a las crónicas del Inca Garcilaso de la Vega, quien no solo por fachada llevaba el título de Inca, sino que en su linaje directo (su madre) había inmediata referencia a la nobleza incaica: las relaciones que cuenta que había entre el Perú y la Península son absolutamente incontestables por los que ahora solo quedan como ideólogos.

El incanato abarcaba gran parte de América del Sur en el año 1526, cuando Francisco Pizarro llegó junto a sus huestes a las tierras del norte de nuestro país. Pero lejos de ser un imperio pacífico, dominaba a muchos otros pueblos con implacable terror; era un gobierno teocrático que no toleraba ninguna rebelión. Son conocidas las diferencias y rebeliones de pueblos como los huancas, cañaris o los chancas, que se aliaron con los europeos para liberarse del dominio inca porque ellos, como los actuales “indigenistas”, también añoraban un regreso a sus condiciones originarias ante sus propios “invasores”. En su caso, los incas.

Estas líneas no tienen por objeto negar la grandeza del incanato (que logró, por ejemplo, el dominio del agro altoandino), ni la majestuosidad de su arquitectura megalítica, ni sus logros en astronomía. Pero tampoco debemos cegarnos ante lo sanguinario de esta cultura, ni tampoco podemos juzgar sus circunstancias con criterios actuales, como algunos historiadores y políticos pretenden imponer o reinterpretar.

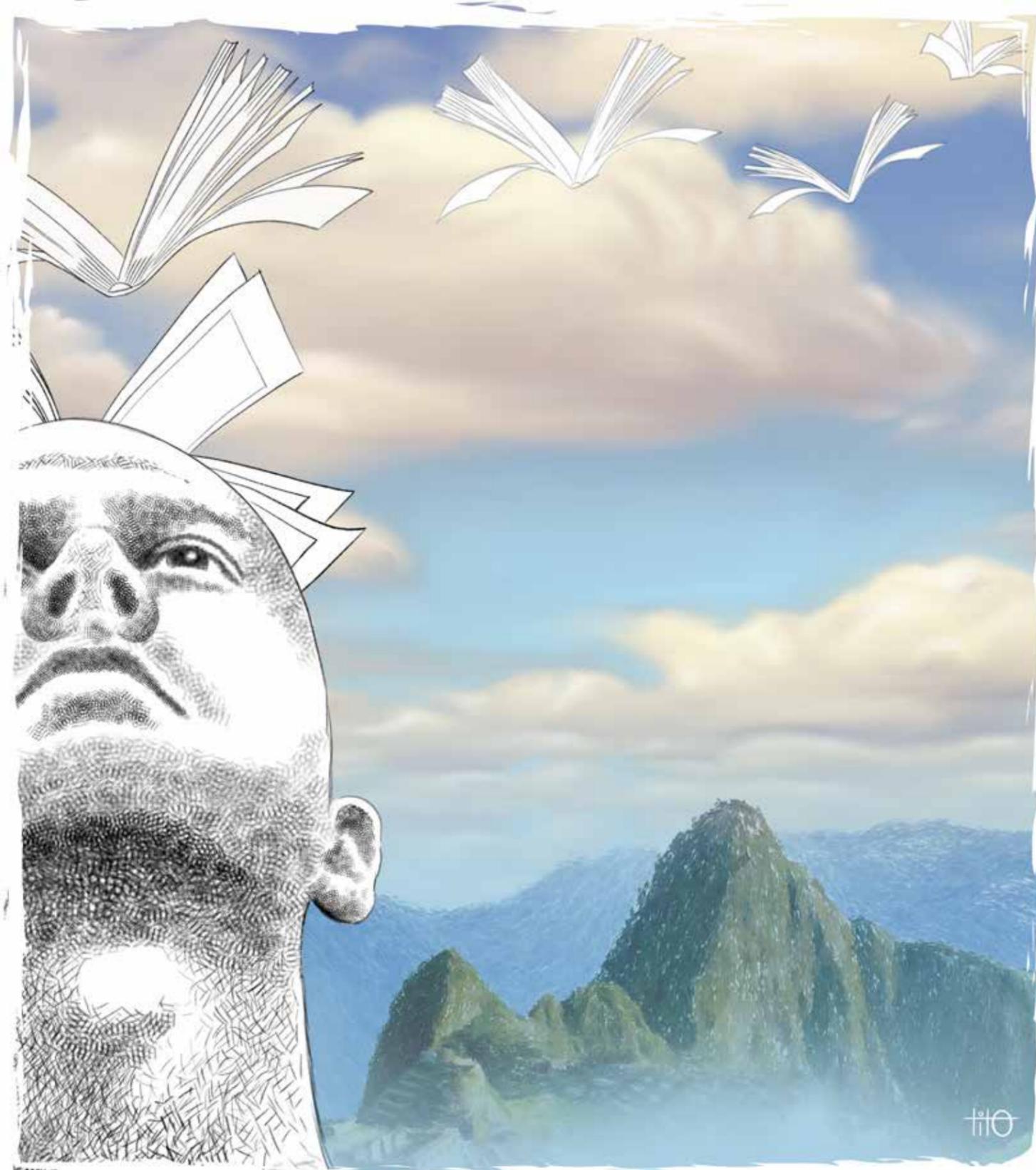
“

El Imperio incaico, dominaba a muchos otros pueblos con implacable terror; era un gobierno teocrático que no toleraba ningún tipo de rebelión.

El mismo panorama se vivía en los territorios mayas y aztecas –solo por referirnos a este lado del mundo–, donde los sacrificios humanos se realizaban para aplacar la furia de los dioses ante las situaciones climáticas incomprensibles o como parte de los festejos y rituales anuales. Dichos sacrificios eran sobre todo de adolescentes o mujeres vírgenes, elegidos y criados especialmente para este fin; y otras veces las víctimas provenían de las de tribus o pueblos subyugados por el poderío de la cultura dominante de turno. Algunas evidencias históricas registran que anualmente se sacrificaban entre 20,000 a 30,000 personas en la zona del Yucatán. Si bien es cierto en el incanato los sacrificios humanos no llegaron a esas proporciones, no cabe duda de que se realizaron. Y como prueba de ello tenemos a los niños de Lulluillaco, la Momia Juanita y la Momia Urpicha, por mencionar algunos.

Este escenario cambia radicalmente después de la conquista española. La civilización en Europa había dejado siglos atrás la idea de sacrificar vidas humanas a los dioses, gracias al aporte indudable de la cristiandad. Entre esos aportes destaca el concepto de dignidad, que se erige como verdadera fuente de derechos, y que hoy dirige todas las legislaciones y la estructura de nuevos derechos (no los que se inventan los nuevos y supuestos defensores de derechos, sino aquellos que de verdad responden a la naturaleza humana). Y será esta fe en Cristo la fuente de una amalgama que dotará de identidad al nuevo mundo, lo que hoy es Iberoamérica.

Los pueblos originarios serán cristianizados, pacificados y protegidos con igualdad jurídica. Sí, igualdad jurídica como la de cualquier español nacido en la península. Un indígena, que poseía alma y dignidad definida por la Escuela de Salamanca, será un súbdito de la corona, con los mismos derechos y deberes que uno nacido en la Península. Y esto, que ahora



Arguedas: el indigenista que celebra el mestizaje

Por: Javier Ágreda. Perú
Crítico literario

Este año el 12 de octubre llegó al Perú en un contexto sumamente adverso, como consecuencia de la imposición, desde la política, de un discurso cultural polarizante, que pretende dividir a los peruanos entre pobres y ricos, indígenas y criollos, quechuahablantes e hispano hablantes, campesinos y habitantes de las ciudades. Y en todas esas oposiciones, los primeros son vistos como “buenos” y los segundos como “malos” y enemigos.

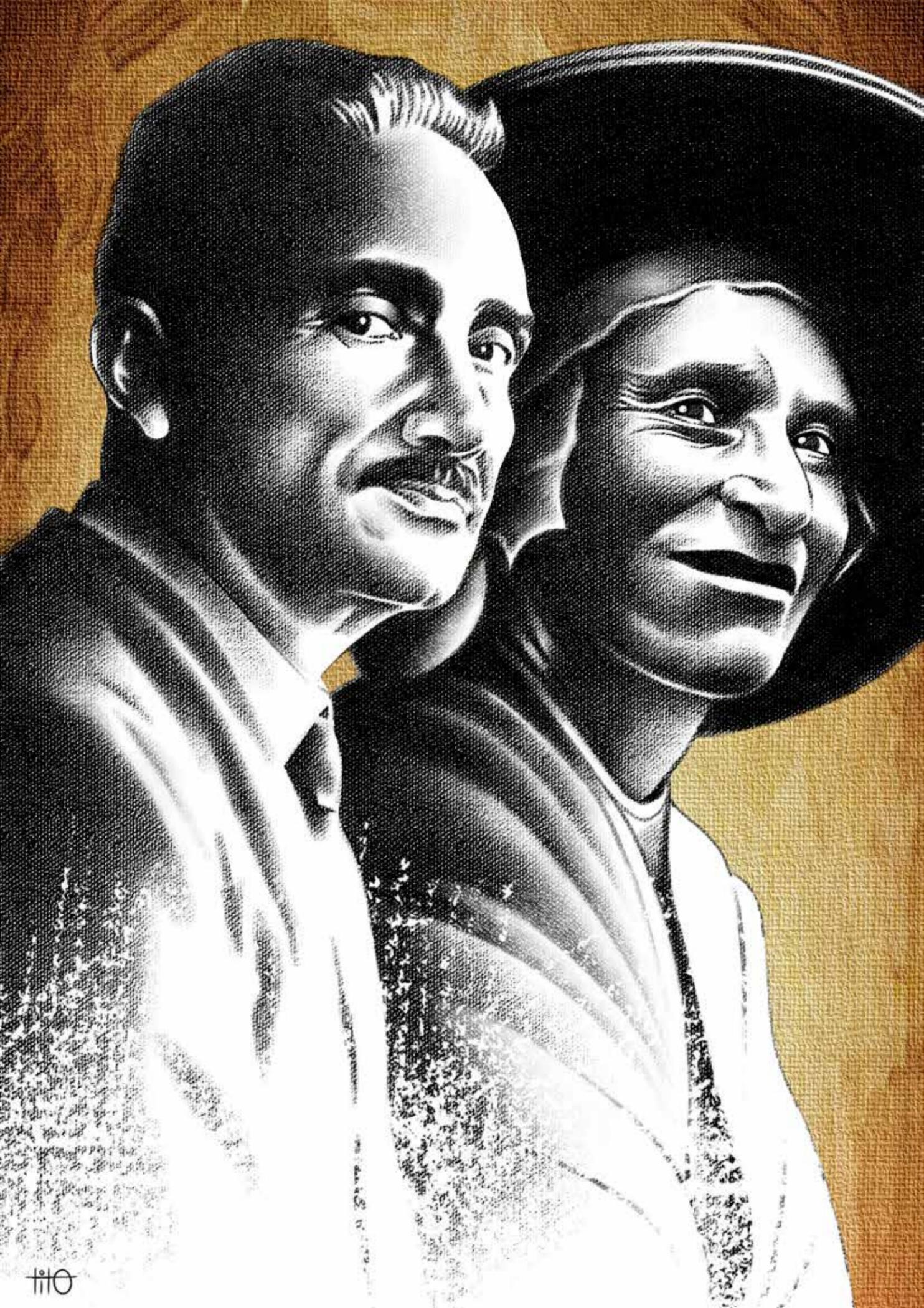
Esta tan burda polarización apela básicamente a dos tipos de relatos: aquellos relacionados con las corrientes indigenistas de todo tipo, especialmente aquellas que quieren enfrentar lo autóctono americano con lo occidental y foráneo; y la Leyenda Negra sobre la conquista española de América. Pero la unión de ambos discursos no es natural, y la mejor prueba de ello es el respeto y la admiración que algunas figuras claves del indigenismo peruano tuvieron por los

aportes de la hispanidad a las tradiciones culturales andinas y hasta a su estructura social, a través de las instituciones políticas del Virreinato. Un claro ejemplo es el escritor y etnólogo José María Arguedas (1911-1969), figura central e indiscutible paradigma del indigenismo, tanto en su vertiente literaria como ensayística.

Arguedas, a partir de su propio trabajo, descubrió las semejanzas entre las comunidades andinas y las de algunos lugares de España, y hasta dedicó a este tema el último de sus trabajos académicos, el libro *Las comunidades de España y del Perú* (UNMSM, 1968). Para escribirlo viajó a España, becado por la UNESCO, para estudiar algunas comunidades de Castilla y Extremadura, en las que se conservaban “Muy antiguas formas de organización comunal”. Arguedas pensaba que “que el buen conocimiento de esas supervivencias y de sus fundamentos históricos iluminarían la historia y la reali-

sostengo con claridad, parece escandalizar a muchos, porque hay una narrativa hegemónica que quiere hacernos creer que hubo un supremacismo peninsular que realmente no existió. Isabel La Católica y luego Carlos V se preocuparon por mantener un orden e igualdad que consta en las normas de la época, pero las demoras de las comunicaciones (entre la Península y América) y los vicios de los gobernantes siempre impidieron un goce pacífico y completo de tales derechos.

Hay mucho más que contar, siempre desde el realismo histórico, y en breve volveremos a ponerlo en su consideración. Por ahora sirvan estas líneas como punto de partida de una conversación que me gustará seguir manteniendo con ustedes, para propiciar un espíritu crítico de la historia; pero sobre todo para colaborar a formar la verdadera ciudadanía peruana, que permita reconstruir un Perú que ingresa al siglo XXI celebrando su bicentenario.



dad actual de la organización y funcionamiento de nuestras comunidades andinas, lo que sus instituciones representan como productos del pasado y como partes integrantes de nuestra actual e intrincada composición social”.

A continuación citaremos diversos pasajes de ese libro, en los que Arguedas expresa claramente su posición de que el mestizaje y los aportes de la cultura hispana (el idioma español, la religión católica) forman parte de los más valioso de la historia y la identidad peruana.

La organización social

Arguedas descubre en este viaje que incluso muchas de las formas de organización social que se consideran como más típicamente “andinas” en realidad fueron establecidas por los españoles, siguiendo los patrones existentes en España.

Está asimismo demostrado que la política colonial aprovechó hábilmente y hasta donde fue posible tanto las formas de organización social del antiguo Perú como las de España. Y que tales formas se integraron o ensamblaron no solo por obra de los gobernantes, sino de la práctica cotidiana de las ordenanzas, de su interpretación por el colonizador y de su acierto para aprovechar la antigua organización indígena... Luego de nuestra breve permanencia en tres pueblos de Castilla, algunos aspectos de la historia social del Perú se nos presentaron como problemas que podían ser mejor esclarecidos, y pudimos quedar convencidos de la utilidad del trabajo que realizamos.

En el Virreinato se protegieron los derechos de los indígenas

Contra lo que suelen decir la Leyenda Negra y la izquierda radical, durante el Virreinato existió una política de respeto a los derechos y propiedades de los indígenas, especialmente resguardándolos de las ambiciones de aquellas personas que se establecían cerca de sus comunidades, a los que llamaban “colonos”, “colonizadores” o “vecinos”. Y que más bien ese respeto se perdió con la llegada de la República.

La Corona tuvo en cuenta sus intereses específicos, que no concordaron siempre con los intereses de los colonizadores y, al trazar la política relativa a la administración de las comunidades de indios trataron de protegerlas de la voracidad de los vecinos españoles, otorgándoles ciertas garantías que impidieron el enriquecimiento ilimitado de los colonos. Frenar la capitalización de los colonos, la formación de una burguesía fuerte y de una clase de terratenientes propietarios perpetuos de la tierra fue uno de los objetivos de la política real, porque de este modo se impedía las posibilidades de independización de colonos que habitaban un continente tan lejano y tan pleno

de medios de producción. Para este fin, la Corona conservó la propiedad legal de las tierras y la propiedad de los indios... Esta política y los métodos que se emplearon para aplicarla hicieron que los pueblos de indios, después de las reducciones que Toledo aplicó implacablemente, disfrutaran de un término comunal, de una propiedad común de tierras de arar y de pastos, las que, según Mishkin, fueron tomados de las tierras que estaban destinadas al pueblo en el Imperio.

Otro texto al respecto:

Los concejos de las comunidades indias y sus bienes estuvieron protegidos por ordenanzas especiales y rigurosas durante la colonia. No de otro modo se explica que hasta el presente hayan retenido los Varayoq prerrogativas tan importantes como las que tenían, y aun las poseen formalmente en Puquio, de repartir las aguas de regadío a cada quien según sus necesidades, a pesar de que para la población en esta ciudad, capital de Provincia, el agua es tenida como de mayor valor que el oro. Tales prerrogativas tenían por objeto limitar la expansión económica de los vecinos, como ya lo expusimos anteriormente. Es tan evidente este hecho que, apenas Bolívar disolvió las comunidades, declarando la igualdad de indios y no indios, se inició el periodo de despojo más terrible de las propiedades comunales, hasta que la República tuvo que volver a instaurar la política colonial de defensa paternalista de las comunidades indígenas (1920).

Gobiernos locales y sus símbolos

Arguedas descubrió en su viaje que la peculiar autoridad de los municipios andinos, y hasta sus símbolos, desde el vestuario hasta las “varas” (que se usan los alcaldes a manera de cetro) tiene su origen en tradiciones ancestrales españolas.

“Los miembros de los municipios que regían y gobernaban a las comunidades de Sayago (España) hasta la guerra civil, eran elegidos por los comuneros y administraban los bienes comunales y planeaban los proyectos de trabajo y los ejecutaban, en consejo con todos los vecinos, mediante cabildos dominicales que se realizaban en la puerta de las iglesias. Los miembros del Concejo gozaban de ciertas prerrogativas durante la asistencia a la misa dominical y debían llevar un traje ceremonial distintivo, entre ellos la capa de tabla y la vara. Los municipios de indios del Perú gobernaban, y aún gobiernan a las comunidades, oficialmente no reconocidas, mediante los mismos trámites, y sus miembros se visten con trajes ceremoniales de modelo hispánico puro; aunque el indio ha recreado las formas de esos trajes y ha convertido las varas en insignias ostentosamente ornamentadas con anillos de plata burilada, como en el Cuzco. O las han em-

Apenas Bolívar disolvió las comunidades, declarando la igualdad de indios y no indios, se inició el despojo más terrible de las propiedades comunales.

bellecido con dibujos que representan aves, flores y hojas, o simples figuras geométricas, según las diferentes áreas culturales. La capa de tabla la usan los indios alcaldes de algunas comunidades del Cuzco, tales como Písaq y Q'atq'a. Bien sabemos que la palabra "varayoc" con que se designa al alcalde indio es una composición de la palabra española vara y del sufijo quechua "yoq" (el que tiene).

En otro pasaje del libro, Arguedas explica la forma en que se realizó ese trasplante de las municipalidades hispanas al contexto andino, y sus muy positivos resultados.

La integración del Municipio castellano en la cultura nativa, como instrumento de gobierno, se hizo posible porque las bases económicas de los ayllus convertidos en comunidades fueron conservadas en grado suficiente, pues se conciliaban con la de los municipios españoles, florecientes aun durante el periodo de la organización del Virreinato. Por este método, el núcleo de la cultura indígena permaneció intocado... Este tipo de organización comunal alcanzó tal grado de integración en la cultura nativa que se convirtió en un medio permanente de cohesión de los ayllus. Trasladados a los Alcaldes muchos de los atributos de las antiguas autoridades, se mantuvieron las formas de recreación prehispánicas, con gran esplendor, y permitieron la continuación del ejercicio de las virtudes creadoras artísticas indígenas que, en cierto modo, fueron enriquecidas por los instrumentos y técnicas tomados o impuestos por los españoles. Una nueva era se abrió para las artes tradicionales nativas, porque, además, las fuentes mágicas de su inspiración no fueron cegadas.

Los indígenas tuvieron autoridad y poder político

Arguedas afirma que a través de estas autoridades locales, los indígenas ejercieron el poder político y hasta gozaron de "excepcionales privilegios" durante todo el Virreinato.

Fueron los caciques o curacas las autoridades políticas conservadas del régimen incaico, los agentes del

gobierno colonial ante y entre los indios. Los curacas tuvieron el poder y gozaron de excepcionales privilegios que la Corona les adjudicó, aumentando y consolidando los que ya disfrutaban durante el Imperio. Los caciques desaparecieron, a pesar de su origen antiguo, cuando el gobierno colonial fue liquidado, y permanecieron los concejos de indios, porque se habían convertido en una institución representativa de las nuevas comunidades y se integraron sólidamente a la cultura indígena, pues habiendo sido fundadas para su defensa, alcanzaron a cumplir esa función hasta donde era posible. Los varayoc, se convirtieron en los parachoques de la comunidad de indios ante la agresividad y ambición de los vecinos; no fueron intermediarios para la explotación de sus connacionales sino que ellos sufrieron y aún sufren el despotismo de las autoridades oficiales de los vecinos, mientras el resto de la comunidad puede trabajar en la muy relativa paz de que gozan.

La importancia de la religión católica

Arguedas reconoce que este feliz mestizaje social, político y cultural tuvo uno de sus fundamentos en la labor evangélica desarrollada por los españoles en nuestro país.

La religión católica es observada formalmente y ella rige aun la estratificación social en las comunidades indígenas, como un factor importante. Las fiestas católicas se superpusieron a algunas de las más grandes de la antigüedad peruana (el Corpus Christi al Inti Raymi, el carnaval a las celebraciones del Paqoy, tiempo de la maduración, etc.). Sobre las wakas los misioneros mandaron construir capillas o levantaron cruces. De este modo, el catolicismo contribuyó a la conservación de las antiguas fiestas mediante el acatamiento formal a las insignias católicas instauradas por la Iglesia Romana. Este hecho tuvo una importancia trascendental para el desarrollo de la cultura nativa: se conservaron en gran medida el ritualismo típico indígena; se trasladaron a las fiestas patronales católicas todo el aparato mágico-estético de las antiguas y, las nuevas fiestas hispano-incas estimularon la creación de un ingente caudal de nuevas danzas y música, en las que los instrumentos de expresión antiguos fueron ilimitadamente enriquecidos por los europeos.

Sin catolicidad, ¿de qué hispanidad estaríamos hablando?

NO HAY HISPANIDAD SIN CATOLICISMO ES EL ARGUMENTO PRINCIPAL DEL SIGUIENTE ARTÍCULO: EN LA CRISTIANDAD LA ESPADA TEMPORAL Y LA ESPADA ESPIRITUAL SIEMPRE COMBATIERON, CADA UNA SEGÚN SUS NATURALES COMPETENCIAS, AL SERVICIO DEL MISMO SEÑOR. ASÍ SE LOGRÓ, EN MENOS DE CINCO SIGLOS, UNA EXTENSIÓN Y UNA PROSPERIDAD INCOMPARABLES.

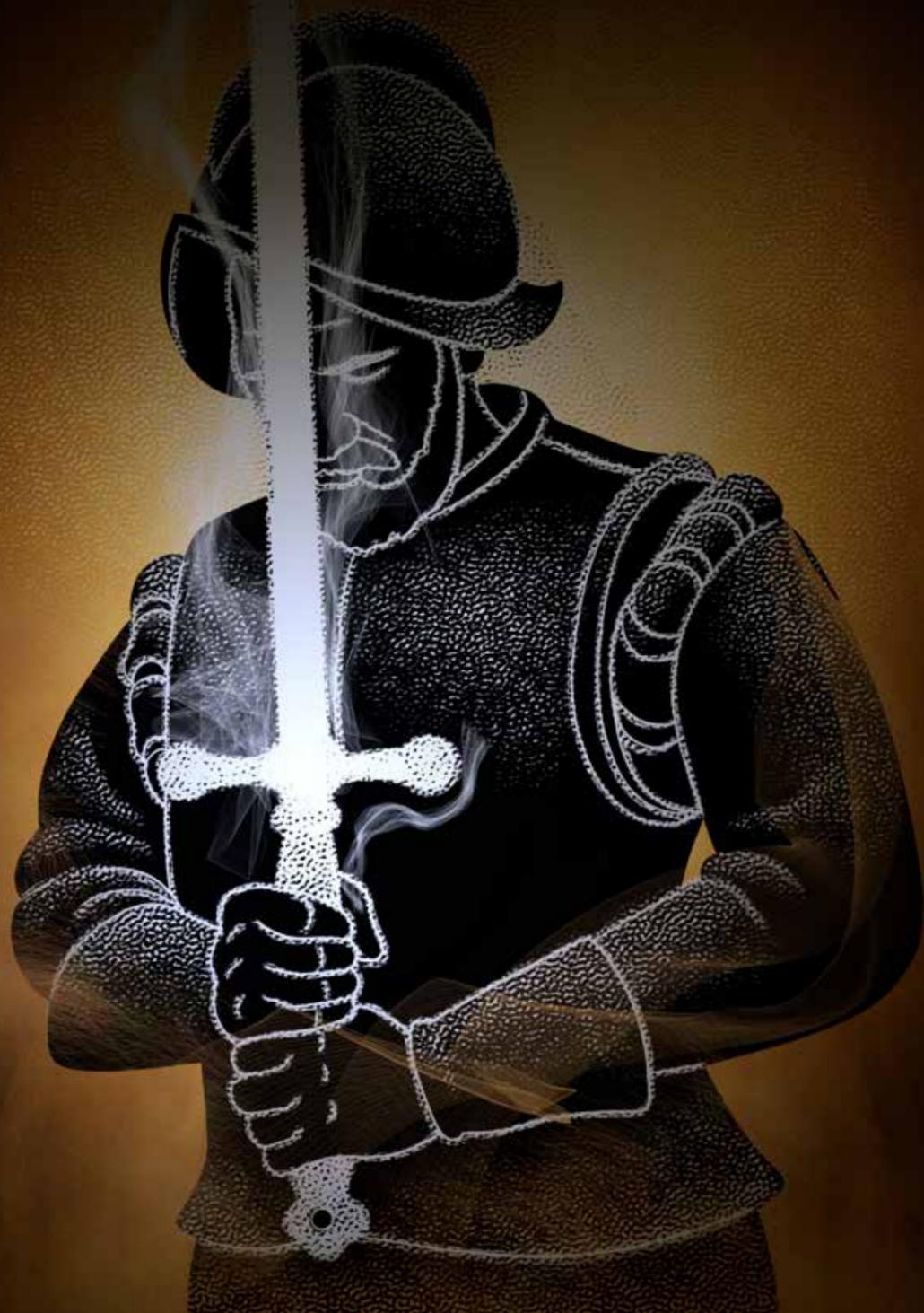
Por: Samuel Soldevilla Burga. Perú.
Presidente y fundador de Traditio Invicta.

Difícilmente podría escribir algo sobre la hispanidad que no se haya escrito ya por plumas mejor cortadas y, sobre todo, mejor fundadas. Sin embargo, sí que puedo advertir de cierto peligro que conlleva enarbolar las aspas de Borgoña a la par que se ostenta alguna idea o doctrina contraria a la esencia misma de la hispanidad: la doctrina católica.

Ahora bien, muchos son los que, luego de verse hastiados con las miserias ofrecidas por esta sociedad cada vez más enferma, vuelven los ojos hacia cualquier cosa que parezca contraria a la vorágine decadente en la que se ha sumergido nuestra época. En este sentido, motivado casi siempre por el rechazo hacia aquel neomarxismo llamado *indigenismo*, en cuyos fundamentos se deja ver la pérfida

dialéctica simplista del indígena bueno y oprimido contra el español malo y opresor, el bisoño reaccionario ubicará fácilmente a la hispanidad como una realidad interesante y atractiva, digna de ser asilada en su emergente abanico terminológico anti establishment; aunque, como suele pasar, sin atender a las enormes incompatibilidades doctrinales que pueda haber detrás de las palabras que conforman este catálogo. De esta manera, cuando no se pasa de los indicios a un conocimiento más nutrido de lo que en verdad es la hispanidad, se termina por promover ideas y doctrinas que lesionan el nobilísimo fin que esta persigue.

A decir de Elías de Tejada en *La monarquía tradicional*, la hispanidad no es otra cosa que una *christianitas minor*, "una



zona en la que aún alientan vestigios arraigadamente tenaces de la Cristiandad que allí se refugió después de que fue suplantada en Francia, Inglaterra o Alemania por la visión europea, secularizada y moderna de las cosas". Y es que la christianitas maior, es decir, la Civilización Cristiana, el orden temporal constituido a partir de la doctrina católica entregada por nuestro Señor Jesucristo a la custodia de su única Iglesia fundada, se vio gradualmente atacada en el proceso revolucionario iniciado por el heresiarca Lutero en 1517, con

su liberalismo religioso e igualitarismo eclesiástico que, sazonados con el espíritu de duda del humanismo renacentista y neopagano, dividió por primera vez a la Cristiandad.

Si a esto agregamos la separación maquiavélica entre ética y política, la supresión de la autonomía de los cuerpos intermedios promovida por Bodino, el contractualismo carente de sustancia comunitaria de Hobbes y los tratados de Westfalia de 1648, con su naciente política internacio-

nal contraria a la jerarquización de los pueblos, podremos entender por qué, para el autor antes mencionado, el término Europa, lejos de ser un simple concepto geográfico, es en realidad un concepto cultural revolucionario que fue ganando espacio en los países que antes constituyeron la Cristiandad. Una Cristiandad que, sobre todo por los puntos antes mencionados, quedó reducida al ámbito geográfico de las Españas. O si se quiere, de la hispanidad.

Alcanzado este punto, se hace imperativo señalar lo más esencial de la Cristiandad, lo que le hace ser: la universalidad del reinado de nuestro Señor Jesucristo. Sin este aspecto doctrinal el salto hacia el orden social cristiano no encontraría mayor fundamento que el mero apetito humano enmarcado en un contexto sociopolítico sin mayor trascendencia.

Espada temporal y espada espiritual

En la Cristiandad la espada temporal y la espada espiritual siempre combatieron, cada una según sus naturales competencias, al servicio del mismo Señor, conociendo en menos de cinco siglos una extensión y una prosperidad incomparables. Sin esta sana distinción entre poderes todo tendría el mismo valor, nada evitaría que lo material se adjudique un origen divino y no se le pueda atacar sin cometer un sacrilegio.

Los estados modernos pretenden crear una totalidad sin religión, la Cristiandad en cambio forjó una totalidad que reconoce al Papa y al emperador en sus respectivos campos de acción, un todo no totalitario ya que es el todo de la Iglesia en donde la distinción entre lo espiritual y lo temporal no es sinónimo de oposición o de ruptura sino todo lo contrario. Como decía San Ambrosio: "El emperador está en la Iglesia. Es hijo de la Iglesia. No es pues inferirle una injuria, sino hacerle un honor recordárselo".

Este es el orden social querido por Dios al que llamamos Cristiandad; la civilización cristiana cuya restauración los católicos contrarrevolucionarios no nos cansaremos de perseguir. Y que luego de la Paz de Westfalia quedó reducida a la Hispanidad, la Cristiandad menor, rota a su vez en el s. XIX por la irrupción de las ideas liberales de la ilustración y su europeización; al punto de conservarse mejor, en más de un aspecto, en la actual Hispanoamérica, miserablemente balcanizada por los procesos independentistas, que en la misma península ibérica.

“

Cualquier “reunificación” hispana que no se sostenga en la fe católica como elemento principal, terminará en una caricatura utópica de la Hispanidad.

Llegados a este punto, queda claro que por Hispanidad no podemos entender sino el afán hispano de unión que va más allá de los límites impuestos por la raza o la geografía; promotora y defensora de la fe católica, su esencia. Y que nada tiene que ver con aquel error de corte nacionalista que diviniza a España a través de una inversión perversa, en donde la religión estaría al servicio de la nación como si algo le debiera. Lo cierto es que si España fue grande, lo fue en cuanto permaneció católica y su desnaturalización se debió a la pérdida de esta su identidad. En ese sentido dirá García Morente en *Ideas para una filosofía de la historia de España*:

En la nación española y en su historia la religión católica no constituye un accidente, sino el elemento esencial de su historia misma. Intentemos representar la historia de España sin incluir como elemento esencial el catolicismo. No podemos. (...) Algunos pretenden negarlo. Pero será porque desean personalmente la deschristianización de España a sabiendas de que lo de esta deschristianización resultase ya no sería propiamente España, sino otra cosa, otro ser, otra nación; o, más propiamente aún, nada.

Imposible sería enarbolar el estandarte de la hispanidad sin atacarla a su vez cuando se abraza alguna idea o postura hija de la Revolución a la que justamente debe la destrucción de la Cristiandad. En este sentido, la defensa de la hispanidad no podría reducirse a la mera cacería de leyendas negras, demanda necesariamente una actitud contrarrevolucionaria. No está de más recordar que por Revolución, así escrita con “R” mayúscula, se entiende el trastocamiento del orden querido por Dios, trastocamiento con carácter multi-forme y multisecular, que ha conseguido confundir a muchos

El igualitarismo ha desembocado en lo que podríamos llamar una revolución cultural, que ha secuestrado nuestras costumbres y que manipula fácilmente nuestros modos de ver, sentir y pensar.

católicos y personas de buena voluntad, arrastrándolos en sus luchas intestinas y falacias de falsa dicotomía. Incluso le ha hecho creer que “derecha” e “izquierda”, “liberal” y “totalitario” o “conservador” y “progresista”, entre otras etiquetas, son posturas totalmente opuestas, cuando en realidad todas estas doctrinas políticas y sus derivados, que cada vez están más envilecidos, se basan en las mismas premisas filosóficas y antropológicas de la Revolución. Esas premisas son el orgullo y la sensualidad, que derivan respectivamente en el rechazo a toda jerarquía y toda ley, constituyéndose así como profundamente igualitaria y liberal, tal como lo señalaría el profesor Plinio Correa de Oliveira en su conocido *Revolución y Contra-Revolución*.

Y como el fondo del problema no se reduce a la cuestión nominal, ya que es posible que una misma palabra pueda tener significados diferentes y hasta contrarios, se hace referencia aquí a las doctrinas devenidas a partir de la revolución protestante antes mencionada, con su carácter igualitarista a nivel eclesiástico y su liberalismo religioso que, siglos después, dio paso a la revolución francesa. Lograron el triunfo del igualitarismo en el campo religioso, con el ateísmo laicista, y en el campo político con aquella falsa máxima, impuesta de forma sangrienta: “toda desigualdad es una injusticia, toda autoridad es un peligro, la libertad es el bien supremo”. No está de más recordar que es justamente por esta exacerbación de la libertad que el término *liberal* pasó a significar en el ámbito social y político la parcial o total emancipación del hombre respecto al orden sobrenatural, moral y divino. Un atentado directo al corazón mismo de la Cristiandad.

Sin embargo, no fue el fin del embate revolucionario contra los restos en ruinas de la Civilización Cristiana; la transposición de estas máximas igualitaristas y liberales al campo social y económico degeneró más tarde en el nacimiento del socialismo y la revolución comunista. Esta última, odiando la desigualdad suscitada por la anterior revolución, optó por sacrificar aquella libertad absoluta, constituyéndose como el liberalismo de interés individual pero asumido, siempre de forma totalitaria, por los miembros del cuarto estado y del proletariado. El movimiento comunista de Babeuf, el comunismo utópico del s. XIX y el comunismo científico de Marx no son más que algunas de las tantas formas de esta tercera gran revolución.

A través de una gran variedad de corrientes y sistemas ideológicos enquistados en nuestras instituciones, el igualitarismo y el liberalismo revolucionarios han desembocado en lo que podríamos llamar revolución cultural, secuestrando tiránicamente nuestras costumbres y manipulando fácilmente los modos de ver, sentir y pensar del hombre de hoy. Una revolución que ya no se limita al cuerpo social, sino que es capaz de penetrar *in interiore homine* y revolucionar al mismo cuerpo humano, concibiendo así aberraciones morales que incluso forman parte de políticas públicas sujetas a agendas globalistas que hasta hace unos cuantos años solo cabían en mentes enfermas y pervertidas por el vicio. Hoy nos son impuestas como si fueran derechos exigidos por la diosa democracia, entendida no ya como una forma de gobierno más, sino como el fundamento del gobierno, negándose así la existencia de realidades que no puedan estar sometidas al tiránico consenso.

En una realidad social como la nuestra, tristemente gobernada por esquemas ideológicos revolucionarios, difícilmente podríamos esperar algo bueno por el solo hecho de usar el término hispanidad. Y no me refiero únicamente a la manipulación neomarxista de las leyendas negras, en aras de fomentar actos subversivos exacerbando los ánimos y resentimientos de aquellos ignorantes de su propia historia; sino más bien, a la confusión que se genera incluso en el bando aparentemente contrario; para muestra un botón.

La variante conservadora del libertarismo llamado paleolibertarismo, sostiene acertadamente que la sociedad del Antiguo Régimen fue la más libre. No ve con desprecio su carácter jerárquico y religioso; sin embargo, admira a la Cristiandad por la ausencia del Estado en esta, considerándola una especie de sociedad precapitalista. Lo cierto es que, por su naturaleza estamental y gremialista los católicos cuerpos intermedios de la Civilización Cristiana castigaban la usura e imposibilitaban la aparición de cualquier forma de capitalismo sin Estado ¿Qué sentido tendría, entonces, que un paleolibertario blandiera la bandera con las aspas de Borgoña si su admiración hacia la Cristiandad menor consistiría en una errónea concepción de sociedad sin Estado? El riesgo de tergiversación es latente.

Cualquier intento de “reunificación” hispana que no se sostenga en la fe católica como elemento principal de su estructura, terminará miserablemente constituyéndose como una caricatura utópica de lo que alguna vez fue la Hispanidad, cuyas bondades todas, huelga ya decirlo, se debieron a su catolicidad.

Estimado señor presidente de la República de México don Andrés Manuel López Obrador. El pasado 13 de agosto, en ocasión de cumplirse el 500 aniversario de la liberación -para usted caída- de Tenochtitlán citó textualmente, sin nombrarme, un párrafo de la entrevista que el diario *El Mundo* tuvo a bien realizarme el viernes 23 de julio a raíz de la publicación en España de mi libro *Madre Patria*. Desmon-

Carta a López Obrador sobre aztecas y entrañas humanas

Por: Marcelo Gullo.
Académico, analista y consultor en relaciones internacionales.

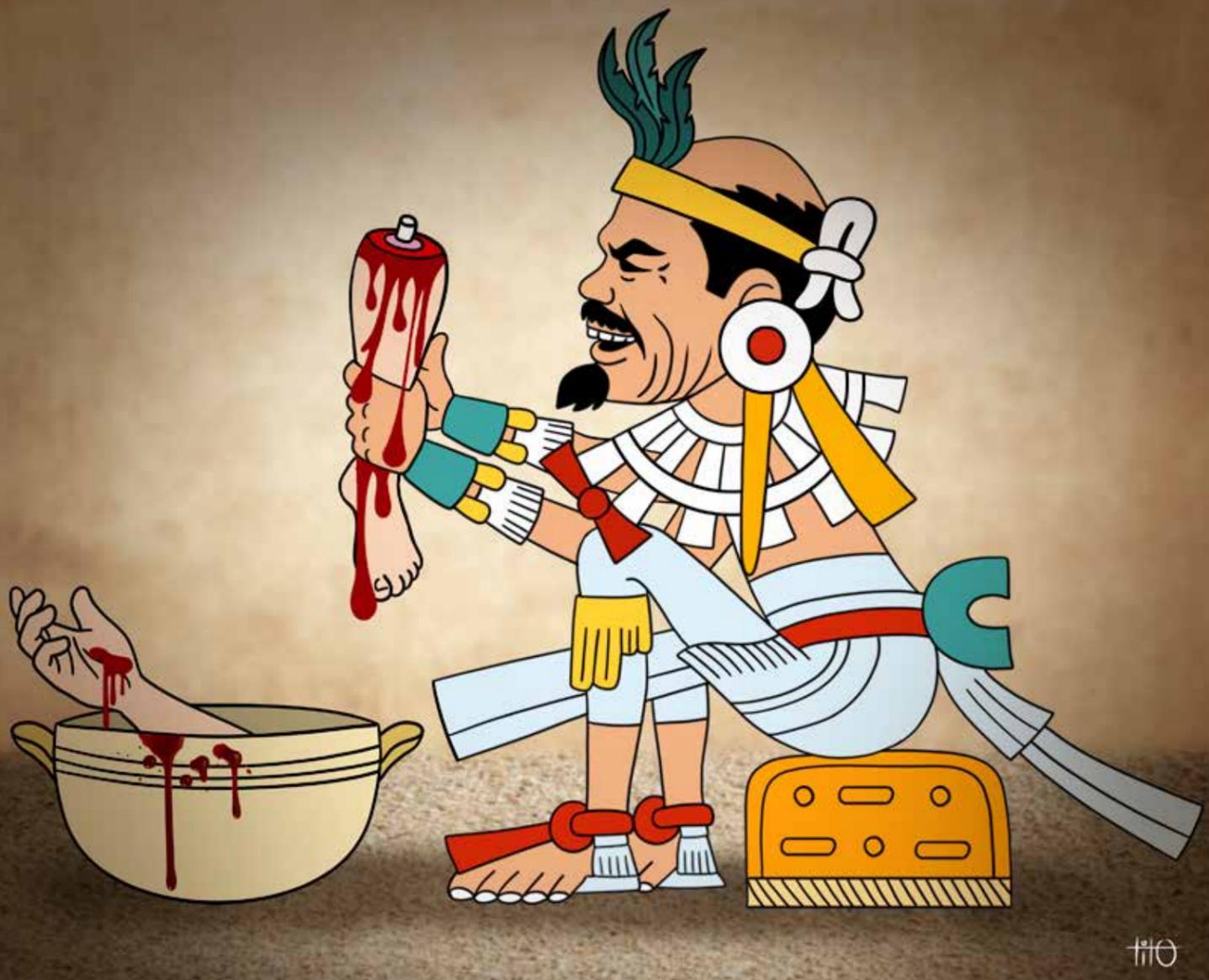
Se suele creer que en las culturas americanas prehispánicas, sobre todo la incaica y la azteca, imperaban la paz, la justicia social y la equidad. Es un mito, seguramente derivado de otros similares que circulan desde la Ilustración, como el del “buen salvaje”, de Rousseau. Lo cierto es que en América, antes de la llegada de los conquistadores europeos, existían regímenes autoritarios e injustos; y además con algunas costumbres bastante primitivas, como los sacrificios humanos. Sobre este tema, el historiador argentino Marcelo Gullo afirmó hace poco que Cortés no conquistó México, sino que lo liberó de “la tiranía antropófaga de los aztecas”. Esto motivó una inmediata respuesta del presidente de México Andrés Manuel López Obrador, tratando de descalificar al historiador. A continuación reproducimos el texto con el que Gullo respondió al presidente mexicano.

Estimado señor presidente de la República de México don Andrés Manuel López Obrador. El pasado 13 de agosto, en ocasión de cumplirse el 500 aniversario de la liberación -para usted caída- de Tenochtitlán citó textualmente, sin nombrarme, un párrafo de la entrevista que el diario *El Mundo* tuvo a bien realizarme el viernes 23 de julio a raíz de la publicación en España de mi libro *Madre Patria*. Desmon-

tando la leyenda negra desde Bartolomé de las Casas hasta el separatismo catalán.

En su discurso usted afirmó: «Hay asuntos que deben aclararse en la medida de lo posible. Por ejemplo, hace unos días un escritor pro-monárquico de nuestro continente afirmaba que España no conquistó a América, sino que España liberó a América, pues Hernán Cortés, cito textualmente, ‘aglutinó a 110 naciones mexicanas que vivían oprimidas por la tiranía antropófaga de los aztecas y que lucharon con él’». Usted también me acusó sin ningún tipo de pruebas -y sin haberse tomado siquiera la molestia de ojear mis antecedentes académicos o de recabar información sobre mi trayectoria política antimperialista- de ser un representante del pensamiento colonialista.

Coincidiendo con su apreciación de que hay asuntos que deben aclararse quisiera recordarle que, como afirma el arqueólogo mexicano Alfonso Caso, quien fuera rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, «el sacrificio humano era esencial en la religión azteca». Es por ese motivo que en 1487, para festejar la finalización de la construcción



del gran templo de Tenochtitlán -del cual usted, el pasado 13 de agosto, inauguró una maqueta monumental- las víctimas del sacrificio formaban cuatro filas que se extendieron a lo largo de la calzada que unían las islas de Tenochtitlán. Se calcula que en esos cuatro días de festejo los aztecas asesinaron entre 20,000 y 24,000 personas.

Sin embargo Williams Prescott, poco sospechoso de hispanismo, da una cifra más escalofriante. «Cuando en 1486 se dedicó el gran templo de México a Huitzilopochtli, los sacrificios duraron varios días y perecieron 70,000 víctimas». Juan Zorrilla de San Martín en su libro Historia de América relata que «cuando llevaban los niños a matar, si lloraban y echaban lágrimas, más alegrábase los que los llevaban porque tomaban pronósticos que habían de tener muchas aguas en aquel año».

«El número de las víctimas sacrificadas por año», tiene que reconocer Prescott, uno de los historiadores más críti-

cos de la conquista española y uno de los más fervientes defensores de la civilización azteca, «era inmenso. Casi ningún autor lo computa en menos de 20.000 cada año, y aún hay alguno que lo hace subir hasta 150,000». Marvin Harris en su famosa obra Caníbales y reyes relata: «Los prisioneros de guerra, que ascendían por los escalones de las pirámides, [...] eran cogidos por cuatro sacerdotes, extendidos boca arriba sobre el altar de piedra y abiertos de un lado a otro del pecho con un cuchillo... Después, el corazón de la víctima -generalmente descripto como todavía palpitante- era arrancado... El cuerpo bajaba rodando los escalones de la pirámide...».

¿Dónde eran llevados los cuerpos de los cientos de seres humanos a los cuales, en lo alto de las pirámides, se les había arrancado el corazón? ¿Qué pasaba luego con el cuerpo de la víctima? ¿Qué destino tenían los cuerpos que día a día eran sacrificados a los dioses? Al respecto, Michael Hamer que, ha analizado esta cuestión con más inteligencia y

denudedo que el resto de los especialistas, afirma que «en realidad no existe ningún misterio con respecto a lo que ocurría con los cadáveres, ya que todos los relatos de los testigos oculares coinciden en líneas generales: las víctimas eran comidas».

Los numerosos trabajos científicos -tesis doctorales, libros publicados por prestigiosos académicos de fama mundial- con los que contamos hoy, no dejan lugar a dudas de que en Mesoamérica había una nación opresora, la azteca, y cientos de naciones oprimidas, a las cuales los aztecas no solo le arrebatan sus materias primas -tal y como han hecho todos los imperialismos a lo largo de la historia- sino que les arrebatan a sus hijos, a sus hermanos... para sacrificarlos en sus templos y luego, repartir los cuerpos descuartizados de las víctimas en sus carnicerías, como si fuesen chuletas de cerdo o muslos de pollo para que esos seres humanos descuartizados, sirvieran de sustancioso alimento, a la población azteca.

La nobleza se reservaba los muslos y las entrañas se dejaban al populacho. Las evidencias científicas con las que contamos hoy, no dejan lugar a dudas al respecto. Era tal la cantidad de sacrificios humanos que realizaban los aztecas de miembros de los pueblos por ellos esclavizados que con las calaveras construían las paredes de sus edificios y templos.

Es por eso que, el 13 de agosto de 1521, los pueblos indios de Mesoamérica oprimidos por los aztecas festejaron la caída de Tenochtitlan. Como usted, señor presidente, tuvo que reconocer en su discurso, a regañadientes y entre líneas, es materialmente imposible pensar que, con apenas 300 hombres, cuatro arcabuces viejos y algunos caballos, Hernán Cortés pudiera derrotar al ejército de Moctezuma integrado por 300,000 soldados disciplinados y valientes. Hubiese sido imposible, aunque los 300 españoles hubiesen tenido fusiles automáticos como los que hoy usa el Ejército español.

Miles de indios de las naciones oprimidas lucharon, junto a Cortés, contra los aztecas. Por eso, su compatriota José Vasconcelos afirma que «la conquista la hicieron los indios».

¿Y que aconteció después de la conquista, después de esas primeras horas de sangre, dolor y muerte? Todo lo contrario de lo que usted afirma. España fundió su sangre con la de los vencidos y con la de los liberados. Y recordemos que, fueron más los liberados que los vencidos. México se llenó de hospitales, colegios bilingües y universidades. España envió a América a sus mejores profesores y la mejor educación fue dirigida hacia los indios y los mestizos. Permítame

“

Hernán Cortés y sus soldados, con el coraje más grande que conoce la Historia, liberaron a los indios de México del imperialismo antropófago de los aztecas.

me recordarle, señor presidente, que tan respetuosos fueron los libertadores españoles -perdón: los conquistadores- de la cultura de los mal llamados pueblos originarios que en 1571 se editó en México el primer libro de gramática de lengua náhuatl, es decir 15 años antes de que en Gran Bretaña se publicara el primer libro de gramática de lengua inglesa. Todos los datos demuestran que, al momento de su independencia de España, México era mucho más rico y poderoso que los Estados Unidos.

Perdóneme usted, señor presidente, que me vaya un poco por las ramas, pero quisiera sugerirle, con todo respeto, que el próximo 2 de febrero, cuando se cumpla un nuevo aniversario del ignominioso tratado de Guadalupe Hidalgo -por el cual los Estados Unidos arrebataron a México 2.378.539 kilómetros cuadrados de su territorio- usted realice un gran acto como el que organizó para el 13 de agosto. Que para realzar el mismo, invite al presidente de los Estados Unidos Joseph Biden y en un gran discurso, cuando esté ante el presidente estadounidense, le exija que pida perdón al pueblo mexicano por haberle robado Texas, California, Nuevo México, Nevada, Utah, Colorado y Arizona, tierras que fueron indisputablemente parte de México.

Por último estimado presidente quisiera contarle que, como desde niño siempre me he sentido ligado sentimentalmente a los pueblos oprimidos -quizás por haber nacido en un hogar humilde de la ciudad de Rosario en la República Argentina-, si pudiese viajar en el túnel del tiempo, una y mil veces, me sumaría a los apenas 300 soldados de Hernán Cortés que, con el coraje más grande que conoce la Historia, liberaron a los indios de México del imperialismo antropófago de los aztecas.